

La Ilustración Artística



AÑO XXX

← BARCELONA 30 DE ENERO DE 1911 →

NÚM. 1.518



WALKIRIA CONDUCIENDO UN GUERRERO Á LA LUCHA,

grupo escultórico de Bruno Kruse

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Blasón de nobleza*, por Alfonso Pérez Nieva. — *La sericulturista en el Japón*. — *Actualidades extranjeras*. — *Actualidades americanas*. — *Actualidades barcelonesas*. — *Lo que puede el amor* (novela ilustrada; continuación). — *El «round» que jamás olvidaré*. Respuesta de Jimmy Britt. — *La muerte de Stanley Ketchell*, por Jacobo Mortane. — *Valencia. Exposición del Círculo de Bellas Artes*.

Grabados.—*Walkiria conduciendo un guerrero a la lucha*, grupo escultórico de Bruno Kruse. — Dibujo de Mas y Fontdevila, ilustración del cuento *Blasón de nobleza*. — *El académico*, cuadro de Oskar Zwintscher. — *La industria de la sericulturista en el Japón* (lámina). — *El submarino alemán «U. 3»*. — *Instituto Oceanográfico regalado por el príncipe de Mónaco a la ciudad de París*. — *Catástrofe del globo alemán «Hildebrand»*. — *El heredero de Alemania examinando un tigre cazado por él*. — *Grupo de figuras en la base del monumento a Cristóbal Colón*. — *D. Manuel Gondra, presidente del Paraguay*. — *D. Ramón Barros Luco, presidente de Chile*. — *Santiago de Chile. El nuevo palacio de Bellas Artes*. — *Declaración de amor*, dibujo de St. Rejchan. — *Grupo de retratos*, por Walter Peterson. — *Payesa*, cuadro de Ricardo Urgell. — *Aldeanos en oración*, cuadro de C. Duvent. — *Barcelona. Inauguración del Museo Social* (dos fotografías). — *Els zin-calds* (dos escenas). — *Match Fitzsimmons-Lang*. — *Jimmy Britt*. — *Valencia. Exposición del Círculo de Bellas Artes* (cinco vistas).

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Carolina Coronado había desaparecido mucho tiempo antes de morir. Su retiro y su expatriación voluntaria, eran causa de que rara vez sonase su nombre. Pertenecía a la generación romántica, en la cual brilló un momento al lado de su paisano y conciudadano Espronceda. Inmediatamente después del romanticismo, comenzó para la Coronado la penumbra, aun cuando siguiese escribiendo.

Cuando apareció en escena, allá por los años en que la poesía volaba y triunfaba, Carolina Coronado era muy bonita. El retrato que la representa en la florida edad de diez y ocho, merece inspirar a un pintor. No es menos atractivo, aunque ya la poetisa contase veintitantos, el que publicó *La risa* y la representa con el peinado en tirabuzones, el corpiño picudo y la falda de volantes, atavió tantas veces reproducido por el lápiz de Gavarni, en sus escenas parisenses.

Yo no llegué nunca a conocer personalmente a Carolina Coronado. Alguna de las veces que fui a Portugal, gustosa hubiese intentado saludarla, con el respeto que merecen la inspiración, la edad, los recuerdos y los grandes dolores. Me lo impidió una circunstancia. Al confiarme, años hace, la que era entonces reina regente, doña Cristina de Hapsburgo, la gestión de reunir ejemplares del trabajo y la labor femenina española para remitir a la Exposición de Filadelfia, procuré reunir libros de autoras españolas, y entre ellos incluí las poesías y varias obras en prosa de Carolina Coronado. La lista apareció en los diarios. Todo ello se hizo con premura, como suele hacerse aquí este género de diligencias. No había tiempo de consultar ni parecía necesario. Y la Coronado salió de su silencio y de su alejamiento del mundo, para enviar a *La Época* una carta censurando severamente mi conducta, al permitirme enviar sus libros a una Exposición Universal. No se quejaba de que se hubiese hecho sin su conocimiento, sino de que se hubiese hecho. La carta respiraba enojo. Era evidente que la ilustre poetisa se creía agraviada.

Yo tenía la conciencia de que, si hubiese omitido contar con su nombre, sería cuando debiera darse por sentida; yo tenía la conciencia de haber procedido bien y honradamente. Pero hay que respetar las ideas de las personas que han entrado en la ancianidad. En cuanto a saludarla en Mitra, resolví no intentar lo siquiera.

En Santiago de Galicia, hay otro recuerdo de la vida de Carolina Coronado. Un día, viviendo aún su marido, que la acompañaba, la poetisa extremeña fué a arrodillarse ante el Apóstol. Dicen que cumplían un voto, por la salud de una hija. Los dos esposos, tristes, vestidos severamente, llamaron la atención en el pueblo. No me ha sido posible fijar la fecha de este piadoso viaje.

Tampoco creo que esté bien estudiada la biografía sentimental de la Coronado. Aquel amor que la inspiró tan bellas estrofas, no es el mismo amor conyugal que la recluyó en Mitra, llorando a un muerto. El novio de la juventud también parece haber sido arrebatado tempranamente. Todo esto es vago, quizás aparezca quien lo estudie. Lo único cierto es que Carolina Coronado fué un poeta del amor, y quedan de ella algunas canciones que no morirán.

La pluma del Padre Coloma ha evocado, estos días, otra figura de mujer eminente en las letras. Fernán Caballero, si atendiésemos a la fecha de su nacimiento, pertenece a una generación anterior a la

de Carolina Coronado; pero, como los escritores nacen el día en que los conoce el público, Fernán, que no dió a luz sus novelas hasta muy tarde, es más joven que la poetisa de Almendralejo, y, mientras ésta pertenece de lleno al romanticismo, Fernán inicia el realismo español en la novela.

El libro del Padre Coloma es un tributo de cariño a la memoria de la que fué amiga y maestra para él; de la anciana venerada y admirada por el joven escritor que hacía sus primeras armas entonces. Con el atractivo que siempre posee la pluma del ilustre jesuita, está narrada la biografía de Cecilia Bohl de Haber, sus antecedentes de familia, y descrito el ambiente en que se desarrolló su talento y en que corrieron las horas de su larga existencia.

El Padre Coloma, no cabe dudar, ha sufrido intensamente la influencia de la manera peculiar de Fernán. Ciertas cualidades del estilo y ciertas maneras de considerar la vida y el mundo, que son, a la vez, cristianas y cultas socialmente, las ha recogido el discípulo, sin esfuerzo, porque hay evidente conformidad de almas, simpatías visibles, de esas que la historia literaria registra frecuentemente.

La derechura del pensamiento, el fin ejemplar y moralizador, la bondad y el buen humor, son condiciones que se destacan en la literatura de Fernán y en la de su biógrafo. Si algunas páginas más crueles de *Pequeñeces* pareciesen desmentir este aserto, recordemos otras páginas bravas de *La Gaviota* que, en un momento dado, alarmaron a los timoratos y les arrancaron protestas. Ni Fernán, ni el Padre Coloma, escriben siempre al agua de rosa: los que lo dicen, juzgan tal vez por una narración suelta ó un cuentecillo. El autor de *Pequeñeces* ha solido ser motejado, al contrario, de crudeza; como, a su hora, lo fué la novelista andaluza. Ni el uno ni el otro pueden, sin embargo, figurar entre los pesimistas; son sólo retratistas de unas costumbres que gracias a ellos quedan documentadas para la historia futura.

Las novelas de Fernán encierran mucho elemento autobiográfico, envuelto en ficción. *Clemencia* es la autora misma, la gente que la rodeó, su primer matrimonio, aquel episodio de la apuesta, en que un corazón es lo que se juega; la breve unión conyugal en que sólo hubo sufrimiento y que, con no menor rapidez que había sido tratada y realizada, desató la muerte. El abad de Villamaría, era el padre de Cecilia, y los consejos que daba a *Clemencia*, los mismos que salieron de los labios paternos. ¿Quién duda que todo esto, que sucedió, es acaso más real que *La taberna*, *Germinal* ó *Madama Bovary*? Hay que repetir, como el poeta:

Le coeur humain de qui? Le coeur humain de quoi?

Quand le diable y serait, j'ai mon coeur humain, moi!

En efecto, el autor que relata su propia vida, refiriendo sucesos de que fué protagonista, ó testigo ocular, ¿no es un realista sincero? Sin género de duda, Fernán incurre en digresiones, se aleja a veces del asunto, intercala párrafos que no reflejan lo vivido, sino las opiniones particulares de la autora; pero cuando narra su juventud, ó retrata a los que conoció, ó pinta los lugares y las gentes, arrancando de la rica cantera popular tipos bellos y enérgicos ¿se pide mayor dosis de verdad?

Como en las novelas del Padre Coloma, en las de Fernán han solido aplicarse nombres a los personajes. Así es que *Eilia*, *Clemencia*, *La Gaviota*, *Lágrimas*, *Un verano en Bornos*, aunque perdiesen todo otro interés, conservarían siempre el encanto de los retratos antiguos.

El nuevo libro del Padre Coloma correrá lo mismo que una novela, como corrió aquel *Jeromín* que dibujaba la figura de D. Juan de Austria, y como correrá la biografía de Cisneros que prepara el Padre. El don de la amenidad, la gracia sin pedantería, la sonrisa iluminando los rincones de la narración, un sentido apacible, natural y castizo del vivir, hacen que estos libros, leídos con placer por la gente machucha, lo sean, con mayor encanto aún, por la juventud, que apenas tiene, en España, quien para ella escriba y piense. Y, si bien se mira, juventud apenas la hay. Uno de los males de la raza es el paso sin transición de niños a hombres.

En Inglaterra, en los países del Norte, donde la adolescencia se prolonga más que aquí, existe una literatura más rica para muchachos y muchachas. Aquí, es embarazoso elegir lecturas para niñas menores de veinte años. En cuanto a los chicos, resuelven el problema leyendo lo primero que encuentran.

Los periódicos se ocupan mucho estos días de la enfermedad del insigne pensador y escritor Joaquín Costa. Esta enfermedad, por desgracia, es muy antigua; le ha sorprendido en pleno vigor, en lo mejor de su carrera intelectual; ha cortado su porvenir y no

empleo la palabra *porvenir* en el sentido arribista que hoy se le da, sino en otro muy elevado, porque el porvenir de hombre como Costa, en las naciones, va estrechamente unido al de la nación misma. La enfermedad terrible, una mielitis, con atrofia muscular progresiva, no logró, sin embargo, dominar completamente las energías de un temperamento y una complejidad privilegiada. Enfermo, sufriendo crueles dolores, Costa ha trabajado y ha escrito sin reposo. El mal ha respetado el vigoroso cerebro.

Cuando vi a Costa por primera vez, fué en una conferencia del Ateneo de Madrid. Hablaba de nuestro problema de Africa, por cierto. Me sorprendió justamente el aspecto de salud, de robustez, que le caracterizaba. Había realmente algo de leonino en su cara y en su torso ancho, recio, casi hercúleo. Aquel hombre no parecía nacido para la labor pacífica del bufete y del escritorio, sino para las luchas en campo abierto y con las armas en la mano. Se echaba de menos el uniforme, el caballo, la lanza; hasta la cota de mallas y el yelmo le hubiesen caído bien.

Su voz era varonil y timbrada, sus ojos llenos de fuego, su gesto, persuasivo, no por la insinuación, sino por el valiente arranque. Todo esto lo aniquiló un padecimiento de los más crueles, y cuyas causas no están definidas aún; un padecimiento que así acomete a los hombres gastados por los excesos, como a los que han trabajado con la inteligencia. ¡La mielitis! Años después, viniendo Costa a visitarme, la figura melancólica de Oscar Alving, el protagonista del aterrorizado drama de Ibsen, *Espectros*, cruzó ante mis ojos... Como él, Costa no podía apoyar los pies en el suelo; el suelo se negaba a darles asiento firme. Aquel andar, incierto, blando, aquel avance temeroso, eran los del desventurado héroe del drama; pero las causas no eran las mismas. Alving, al lado de la enfermedad, lleva el desenfreno de los apetitos, la herencia maldita de los desórdenes paternos. Costa llevaba su labor de intelectual, quizás la incompatibilidad del sedentarismo con el empuje de una organización que pedía ejercicio físico y aire puro no tasado para los amplios pulmones... Al sostenerle con mi brazo para que caminase sin riesgo por el encerrado piso, sentía infinita pena, viendo sujeto a tal achaque a persona tan por encima del vulgo, (aun incluyendo entre el vulgo a no pocos que pasan por notabilidades...) Y desde aquella ocasión en que recibí la grata y triste visita, no volví a ver al ilustre Costa. Supe que la enfermedad seguía su curso. Supe la retirada a Graus. Alguna vez me llegaron sus letras. Todavía el año pasado cruzamos correspondencia a propósito de la guerra de Melilla. Porque el lazo de simpatía que a Costa me unió, fué una gran intensidad de patriotismo. Podíamos diferir en los medios ó formas de demostrarlo y ejercitarlo; no podíamos en el sentimiento profundo, arraigado, que los dos cultivábamos y guardábamos en el alma.

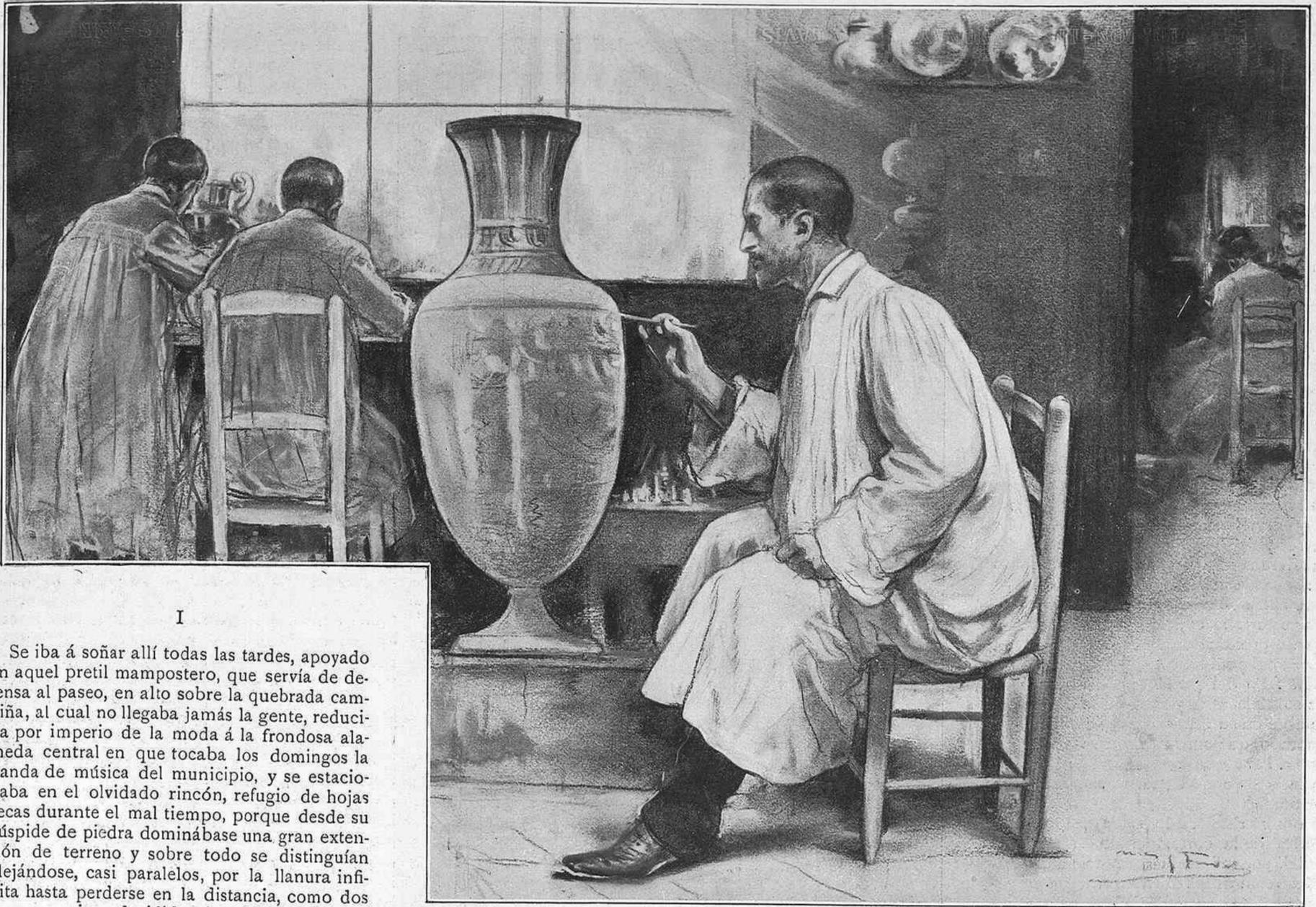
Costa, más que un político, ha sido siempre un patriota. Su política fué brote de su patriotismo, exaltado por el desastre de 1898. Aquella fecha luctuosa abrió en él, como en mí, surco hondo. Entonces Costa habló de echar llaves al sepulcro del Cid, y yo escribí las frases «leyenda dorada y leyenda negra» que tanto curso han obtenido.

Lo mismo que Costa, he padecido lo que el llamó «rabioso afán de tener patria» y he mirado como accesorio lo demás. He aquí por qué un afecto, independiente de toda comunidad de ideas políticas ó sociales, me ha hecho recordar y respetar siempre al solitario de Graus, y me mueve a desear que logre alivio en su dolencia, la cual hubiese estado mejor empleada en tantos como no sienten hacia España devoción ni ternura. El espíritu de Costa, profundamente castizo, revelado en libros de sumo interés, debiera poder trasladarse a un cuerpo sano. ¿Quién poseyese la facultad de sanar a los que valen, de rescatar esas privilegiadas cabezas!

Como la de Costa permanece firme, en medio de la postración del organismo, me he enterado de que lee, en la cama, los diarios, y me ha causado impresión dolorosa que en ellos haya podido ver anunciados desenlaces fatales para su mal. La enfermedad de Costa es de las que engañan; su desarrollo, muy lento. Paralizado y en la cama, vivió largos años otro hombre muy notable, el insigne médico Pérez Costalés, que acaba de morir en la Coruña. Es fácil que, con la primavera próxima ya, un alivio se inicie, y Costa pueda terminar la obra a que viene dedicándose, y que por ser suya, ha de contener páginas muy dignas de admiración. A la hora en que escribo estos renglones, alimento la esperanza de una mejoría en la salud de Costa. Si los anhelos de la amistad fuesen eficaces, el insigne aragonés llegaría a los cien años. Dios lo quiera.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

BLASÓN DE NOBLEZA, POR ALFONSO PÉREZ NIEVA



I

Se iba á soñar allí todas las tardes, apoyado en aquel pretil mampostero, que servía de defensa al paseo, en alto sobre la quebrada campiña, al cual no llegaba jamás la gente, reducida por imperio de la moda á la frondosa alameda central en que tocaba los domingos la banda de música del municipio, y se estacionaba en el olvidado rincón, refugio de hojas secas durante el mal tiempo, porque desde su cúspide de piedra dominábase una gran extensión de terreno y sobre todo se distinguían alejándose, casi paralelos, por la llanura infinita hasta perderse en la distancia, como dos buenos amigos decididos á hacer el viaje juntos, la carretera blanca y los rieles del ferrocarril cabrilleantes al sol, que al fin de la jornada deteníanse en un sitio adivinado al que no alcanzaba su vista, después de andar cientos de kilómetros, salvando ríos y montes. Ese sitio remoto se llamaba Madrid.

El expreso descendente pasaba por la ciudad á las seis de la tarde. En el verano, en que aún no se ha puesto el sol, y en primavera y otoño, en que los crepúsculos son largos, divisaba el tren desde el pretil del paseo, saliendo á la izquierda, de un túnel, describiendo una curva hasta aproximarse al malecón, tan cerca que se oía la trepidación de las ruedas y alejándose luego en línea recta, campiña adelante, hasta no distinguirse en la lontananza sino el copo de humo blanco de la locomotora que se extinguía por fin. En el invierno, caída ya la noche, el convoy se deslizaba como un rosario de luces. Entonces descubría un instante interiores de departamentos: coches de primera con viajeros solitarios, hacinamientos de pasajeros en los de tercera. Luego, flotando mucho tiempo en la llanura, un punto rojo que concluía por apagarse en el mar de sombra. Y con el pensamiento metíase en uno de aquellos compartimientos, en el más humilde, en uno de los de última clase, con su maleta, su pobre equipaje de desheredado de la fortuna y se veía allí, recostado en un rincón, sintiendo que la tierra resbalaba bajo el piso donde apoyaba los pies, mientras la máquina se trataba leguas y leguas. Y amanecía y entraba la mañana mostrando una llanura desolada y al cabo una aglomeración de casas que coronaba un gran edificio de piedra. ¡Madrid! ¡Madrid! ¡No estaba en su obscura capital de provincia! ¡No soñaba!.. ¡Sí, soñaba, sí! El hálito nocturno, metiéndole un calofrío en la sangre, le traía á la realidad. El resplandor grana no lucía ya en la penumbra. El convento inmediato de las Mercenarias tocaba á la oración. Y arrancándose á su éxtasis se retiraba á su casa, atravesando la alameda del quiosco, en la que los grupos desordenados de sillas dejaban adivinar la gente que allí había escuchado la música.

Por irse á Madrid se hubiera ido, de haberle sido posible, aun en el furgón del ganado, en la máquina, hasta en un tope ó sobre un techó. La ciudad en

que vivía era vinatera. Por las subidas tarifas del ferrocarril, los bodegueros preferían enviar sus caldos á la corte en enormes carros, tirados por seis ó siete gigantescas mulas. Tal transporte significaba un viaje pesadísimo, de quince días envuelto en el polvo de las carreteras. Equivalía á aquellas navegaciones al Pacífico de los antiguos nautas doblando á la vela el cabo de Buena Esperanza. Pero al fin arribaban á Filipinas. A la postre los colosales carros, cargados de pellejos, hacían crujir la grava del puente de San Fernando. Llegó á pensar en ellos.

Los días de labor no soñaba menos. Sólo que desde la ancha ventana de la que recibía la luz, abierta á uno de los patios de la fábrica, no distinguía la campiña poética con su tren al anochecer, sino las ventanas de los otros talleres y los camiones entrando á descargar materiales. La habitación donde él se hallaba permanecía siempre en silencio. Allí trabajaban ocho oficiales escogidos de los que él era el más aplicado y el más inteligente, y entregado cada cual á su tarea hablaban poco, pudiendo dejar volar la mente á sus anchas. Cerca hallábase las naves de la loza usual, con sus cientos de mujeres sentadas pincel en mano entre los platos, fijos en ruedas giratorias y dando vueltas bajo el pincel que dejaba una greca de color en cada uno. De esas naves llegaba el rumor de los platos girando, y al tomar y suspender la tarea ecos de voces de mujer, ruido de mucha gente levantándose de banquetas y marchándose. Los ocho oficiales, entregados á cerámica fina, á jarrones y ánforas, ponían sus cinco sentidos en sus adornos, pasando las horas en un mutismo de cartujo. Y mientras matizaba, con gusto exquisito, los motivos ornamentales imitados de los modelos etruscos, pensaba en Madrid.

Allí, en la tranquila provincia de tercer orden, en la vieja capital histórica fosilizada entre sus medio derruidos muros de la Edad Media, en la ciudad oscura, lejana y levítica, viviendo del recuerdo de su pasado, en una vida sedentaria y anémica, á la sombra de su catedral y de su audiencia, con sus magistrados y sus canónigos, unos en el casino cuando no en las salas, y otros en el paseo cuando no en

Y mientras matizaba los motivos ornamentales imitados de los modelos etruscos...

el coro, en la muerta población indiferente regida por uno de esos gobernadores de filas, que buscan un rincón pacífico donde poder cumplir los dos años de servicios reguladores, sin otro movimiento que el de la fábrica de loza y el de las tres ó cuatro bodegas, ni otra agitación que la local movida por los dos caciques de los partidos turnantes, allí, en el retiro casi desconocido política y geográficamente, no podía hacerse nada.

Necesitaba irse á Madrid, á la gran capital, á la población populosa, á la colmena, al centro. Madrid era el cerebro que envía la vida á las provincias, á los miembros del organismo social. Brillar, sobresalir en Madrid, equivalía á resplandecer en el país entero. Lo que Madrid sanciona lo acoge la nación toda sin protestar. Madrid posee la trompa de la fama y el templo de la gloria. Levantar una reputación en una ciudad secundaria es edificar sobre cristal; labrar una piedra funeraria aun cuando fuese con el cincel de Miguel Ángel en el patio de la fábrica de loza en que trabajaba por ejemplo, obra destinada á no ser admirada por nadie, á servir de losa mortuoria al mismo autor. Lograr un prestigio en Madrid es alzar sobre roca firme una torre altísima y soberbia, una Giralda llamada á despertar la admiración general, visible en la amplitud de un espacio sin límites, de unos horizontes infinitos.

No se le ocultaba que hasta llegar á la cúspide es preciso arremeter antes con la empuñada cuesta, que la consecución de un nombre significaba la lucha y una lucha terrible por la preeminencia de combatientes. Pero no le asustaba la pelea franca y noble, la rivalidad de otros, de cuantos entraran á medir sus fuerzas con él. Se sentía resistente de cuerpo y alma, tenía fe en el porvenir. Esperando se llega siempre. Es el gran problema de la vida: esperar. El que sabe esperar triunfa. En la provincia, era aquella paz morbosa porque era la paz de la inercia, de la quietud sepulcral, no saldría de ser un buen obrero artístico, de ganarse un sueldo mayor ó menor con su pincel industrial. No, no! El camino para abrirse paso estaba en Madrid. Recordaba de muchos que ya gozaban de popularidad. Todos la habían conseguido en

Madrid. Y en estos soliloquios y mientras daba color á las ánforas soñaba con la gloria, como soñaba desde el pretil viendo perderse en la distancia el punto rojo del tren. A Madrid sin vacilar, á no perder más el tiempo en aquella labor que sólo le daba el pan del presente.

II

Aquella ánfora de gran tamaño, de largo y esbelto cuello y de airosas y gráciles asas, enhiesta sobre una basa de madera, fué la nota de la Exposición de Bellas Artes en su sección artístico industrial. La opinión la apreció unánimemente en el público y en la prensa: tenía toda la delicadeza de matices, todo el encanto en las figuras de un vaso pompeyano de los que se custodian en el museo de Nápoles, arrancados á las ruinas de la ciudad desenterrada, y recordaba por sus grecas las orlas etruscas, por sus brillos metálicos las tonalidades árabes, por sus amocillos alados las vasijas romanas. El autor había reconstituido con verdadera inspiración épocas y pueblos, asimilándoseles y acertando, dentro de lo clásico, á producir una obra genial y nueva, de belleza extraordinaria. Había allí una resurrección y un resurgimiento. Eran Alcora y Talavera que revivían, que venían á luchar con Sevres y Sajonia, que reverdecían las glorias de una industria muerta. El cartelito de: segunda medalla, colgado bajo el ánfora, había concluido de confirmar y ratificar este fallo con la sanción oficial, en el caso presente de acuerdo absoluto con la voz del pueblo.

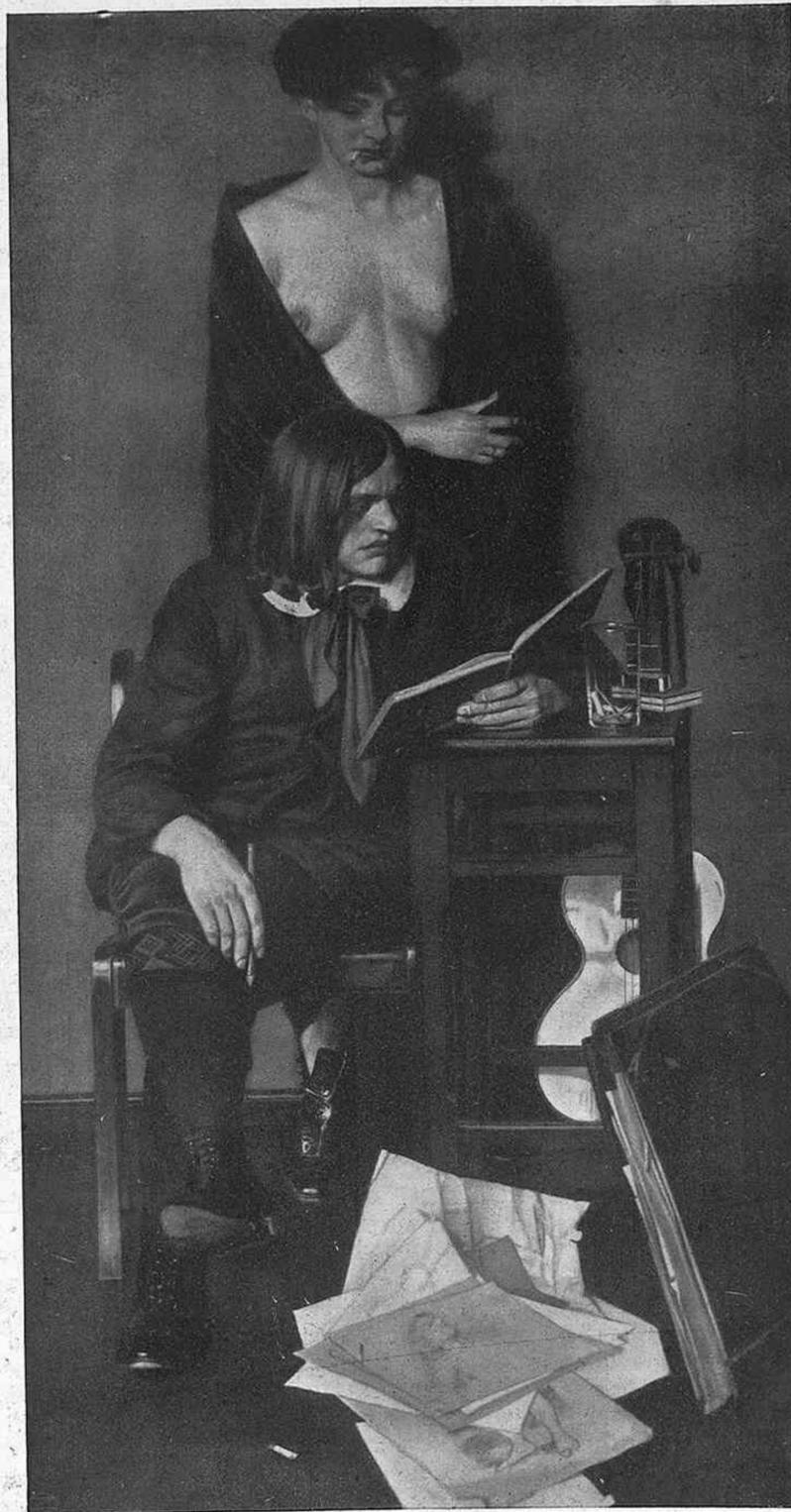
El fallo del jurado proyectó toda su luz sobre la obra y sacó de la sombra el nombre de su autor, un desconocido, un ignorado, que era la primera vez que exponía. Para que nada faltara al triunfo hasta lo envolvió entre sus mallas de oro lo romanesco. Súpose que se trataba de un obrero aventajado, trabajando en una fábrica de la corte, atendido á un mísero jornal, por lo que la hermosa ánfora significaba un esfuerzo sobrehumano de paciencia y de constancia, significaba el sacrificio de todas las horas libres, de todos los ratos de ocio... Casi todas las tardes al caer el sol, momentos antes de cerrar las salas, aparecía por la del ánfora una enérgica cabeza de pronunciadas facciones, rapada, sin afectación alguna de cabelleras románticas ó modernistas; aparecían unos ojos vivos llenos de voluntad; aparecía un traje de menestral cuidadoso y limpio. Todo el mundo le miraba. La novela, mejor, el drama de aquella vida obscura, manifestada de improviso por su victoria, había cundido por la exposición. Y la historia íntima, la historia eterna de todo el que lucha por abrirse paso entre la muchedumbre, por labrarse una reputación, corría de boca en boca. Y se referían detalles novelescos, terribles contrariedades vencidas en fuerza de energía, vencidas gracias á una fe extraordinaria en el porvenir, en un porvenir nublado por una espesa cerrazón, hasta el día en que el ánfora premiada vino á despejar el horizonte.

Todo había pasado, los días de prueba, los días de desfallecimiento, los días de amargura. Y antes de la clausura de la Exposición súpose que un industrial poderoso é inteligente, propietario de una de las fabricaciones más importantes de España, adviniendo la fuerza oculta en aquel pobre obrero, el tesoro de su vena artística, le había hecho proposiciones ventajosísimas, aceptadas desde luego, para llevarse al frente de sus talleres.

III

Han pasado algunos años. El obrero del ánfora es hoy ya todo un excelentísimo señor condecorado con no sé qué Gran Cruz, dueño de una fábrica de cerámica premiada en cuantos certámenes extranjeros ha concurrido, y que sobre la gloria de haber reconstituido aquellas hermosas y clásicas lozas españolas que parecían muertas para siempre, gana, como suele decirse, el dinero á espuertas. Pero lo que hace enmudecer de asombro á los que visitan los talleres no es sólo la belleza artística de los objetos, sino un detalle del despacho del amo y director. En efecto, colgada en el muro, coronando el

rico sillón de talla renaciente, entre el terciopelo de un estuche, resalta una vulgar cazuela de barro que contrasta con las preciosidades amontonadas en la estancia.



El académico, cuadro de Oscar Zwintscher
(Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia. 1910.)

El mismo dueño se encarga con singular llaneza de explicar aquel misterio.

—Antes de ser rico y de ser célebre, he sido un oscuro, he pasado mucha hambre. Me vine á Madrid desde mi provincia, gratis, como un baúl, en el furgón de equipajes de un tren y gracias á la protección de un conductor amigo que consintió en traerme. Ya en la corte, sin conocer á nadie, sin un céntimo, sin trabajo, durmiendo en cualquier desmonte, estuve á punto de tirarme por el viaducto. ¡Dios me sostuvo! Un día encontré acomodo en una alfarería y no sé cuánto tiempo permanecí haciendo pucheros y cazuelas; gracias á ellos no perecí. Y he aquí por qué ven ustedes ésa colgada en la pared. ¡Es mi blason de nobleza!

(Dibujo de Mas y Fondevila.)

LA SERICICULTURA EN EL JAPÓN

(Véase la lámina de la página siguiente.)

La cría de los gusanos de seda y la industria sedera tienen una gran importancia en el Imperio del sol naciente y su explotación constituye una de las mayores riquezas de aquel país.

La cría de aquellos insectos es interesantísima; someramente vamos á describirla, como explicación de los grabados que en la página siguiente publicamos.

En la época en que empiezan á brotar las hojas de la morera que han de servir de alimento á los gu-

sanos de seda, procédese á la incubación de los huevos, para lo cual se les extiende en capas muy delgadas sobre cartones y se les expone á una temperatura, natural ó artificial, que gradualmente se eleva desde 12 á 45°. Al cabo de unos diez días, sale del huevo una especie de hilo corto y delgado, muy movedido y que da muestras de un gran apetito; es el gusano de seda, cuyo primer alimento consiste en hojas machadas de una especie particular de morera enana. La vida entera del insecto, que es de unas seis semanas, la emplea éste en comer con voracidad creciente, sin más descansos que los que ciertas enfermedades le imponen.

De todas las enfermedades del gusano hay cuatro necesarias, cada una de las cuales termina en una muda, es decir, en una crisis que tiene por efecto renovar la piel del insecto y tras la cual éste adquiere ya mayor tamaño y su piel toma un color más blanco. Después de la cuarta y última crisis, el insecto tiene unas dos pulgadas y su piel es de un blanco ligeramente agrisado; en aquel momento se elabora en él la materia destinada á los hilos de seda; en aquel momento también es cuando se muestra más voraz. Llegado á su mayor crecimiento, el gusano se debilita, deja de comer, disminuye de volumen y de peso, arroja todos los excrementos y la membrana que lo cubre, sin que le quede más que la substancia sedosa, que pierde muy pronto, y la substancia animal. El gusano tiene, pues, tres fases de vida distintas: una compuesta de substancia animal, sedosa y excremental; otra de substancia animal y sedosa, y otra reducida á substancia animal.

Los gusanos, cuando han alcanzado su completo desarrollo, buscan los parajes favorables para construir sus capullos; entonces se disponen sobre los vasares hacétillos de ramitas despojadas de sus hojas en donde pueden penetrar y elaborar el capullo. Pónense aparte los que se quieren dejar abrir para la reproducción de la especie.

Cuando la oruga se ha transformado en crisálida, se envuelve en una gran cantidad de hebrillas, generalmente amarillentas y á veces blanquecinas ó verdosas, que constituyen la seda. El capullo está formado de un hilo continuo, siendo necesario, para hilar la seda, que el capullo se mantenga intacto; para ello se le pone en un barreño calentado á una fuerte temperatura, operación que se designa con el nombre de ahogamiento y merced á la cual se mata la crisálida á fin de evitar que la mariposa, al salir de ella, agujeree el capullo y rompa el hilo, que entonces desmerece en alto grado y sólo puede ser utilizado para borra. Únicamente se guar-

da un corto número de capullos para tener huevos, que llevan el nombre de semilla.

El gusano de seda emplea tres días, poco más ó menos, para envolverse en este capullo de forma oval, que está constituido por un largo filamento extremadamente fino; y después de esta segunda fase de su vida, la ninfa, transformada en mariposa, taladra su cárcel de seda y va á reunirse con las que, como ella, han experimentado la misma transformación. Al cabo de dos ó tres días, la hembra deposita de trescientos á quinientos huevos y no tarda en morir.

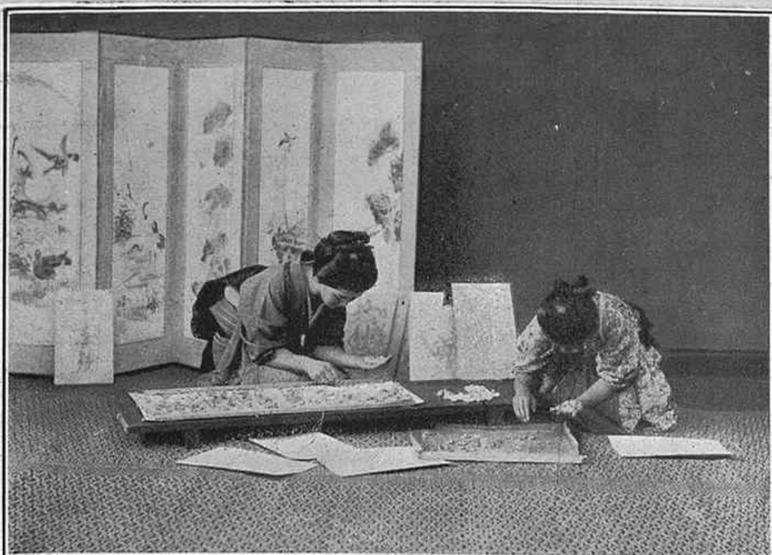
Escogidos los capullos, se hace pasar su seda á la devanadera para formar la seda cruda que luego se tuerce ó se hila á uno ó muchos cabos con una especie de molino guarnecido de canillas y husos para prepararla á los diversos usos en las fábricas de sedería.

Respecto del rendimiento, se calcula que treinta gramos de huevos ó semilla producen de veinticinco á sesenta y ocho kilogramos de capullos; y que cuarenta kilogramos de capullos producen unos cuatro kilogramos de seda.

La longitud del hilo de seda contenido en un capullo y que se desenrolla en agua caliente suele ser generalmente de unos mil metros.

Para que se comprenda la importancia que en el Japón tiene la sericicultura, que allí se practica de tiempo inmemorial, bastará decir que la exportación de la seda alcanza allí la respetable cifra de doscientos millones de francos anuales. — R.

LA INDUSTRIA DE LA SERICICULTURA EN EL JAPÓN



Colocación de los gusanos entre cartones para que pongan los huevos.



Recogida de los huevos y su colocación en esteras a una temperatura de 45°.



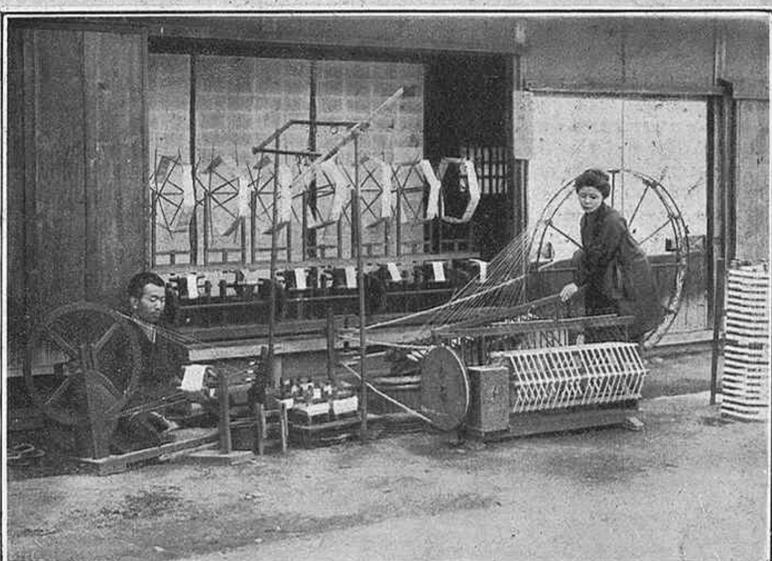
Salida de los gusanos y su alimentación con hojas de morera trinchadas.



Los gusanos a la edad de seis semanas formándose un capullo.



Después de matar el gusano se desarrolla el hilo de seda.



Preparación de los hilos de seda.



Preparación de la seda en bruto para la exportación.

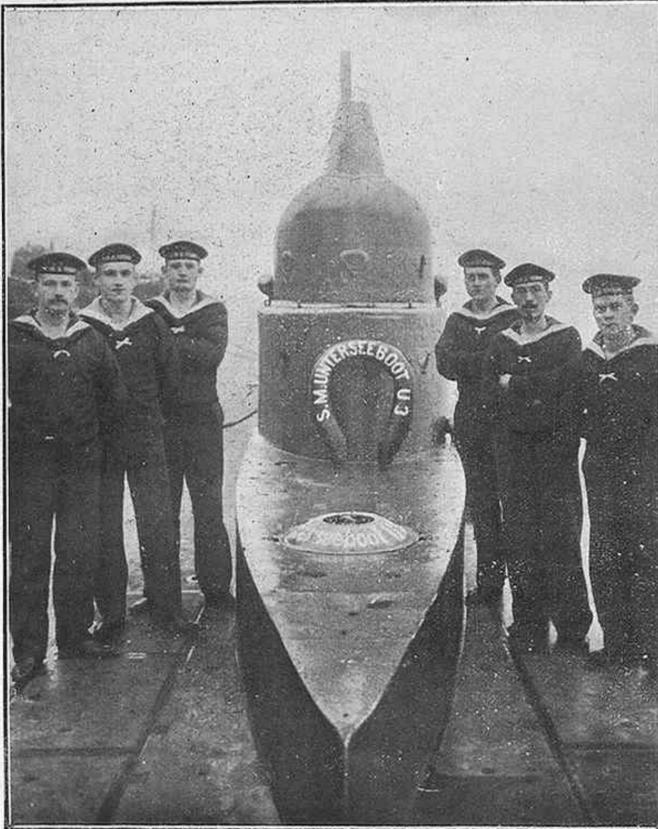


Vista de un taller de tejido de seda.

(De fotografías comunicadas por Carlos Delius.)

ACTUALIDADES EXTRANJERAS

El día 17 de los corrientes el submarino alemán *U. 3* estaba practicando ejercicios en la rada de Kiel, cuando de pronto, una causa todavía desconocida le obligó a interrumpirlos. Pudo, sin embargo, llegar a un sitio en donde el mar tiene escasa profundidad y una vez allí se hundió, quedando fuera del agua una parte de la proa. El crucero *Augsburgo*, que presenció el accidente y recibió un mensaje telefónico del submarino pidiendo socorro, avisó por medio de la telegrafía sin hilos a las autoridades marítimas de Kiel, las cuales enviaron un torpedero con algunos buzos, que pasaron cables y cadenas alrededor del buque hundido; después de algunas horas de esfuerzos y merced a una potente grúa, consiguióse levantar la proa del sub-



El submarino alemán «U. 3.» que se hundió en el puerto de Kiel y la tripulación del «Vulcano» que lo puso á flote. (De fotografía de Carlos Trampus.)

marino lo suficiente para dejar fuera del agua el tubo lanzatorpedos, por donde fueron sacados con vida veintisiete de los treinta tripulantes de aquél. Los otros tres, el comandante Fischer, el teniente Kalbe y el timonel Rieper, quedaban encerrados en la torre que continuaba sumergida.

En vista de que la grúa no podía levantar más el submarino recurrióse al *Vulcano*, buque especialmente construído para este objeto y á las cuatro de la madrugada siguiente logróse

Dos nuevas víctimas han venido á aumentar recientemente la extensa lista de las ocasionadas por la navegación aérea, el doctor Kohrs, abogado de Berlín, y el Sr. Keidel. Salieron éstos el 29 de diciembre último del gasómetro de Schmargendorf, en los alrededores de la capital alemana, en el globo libre *Hildebrand*, que emprendió la dirección Norte; desde entonces no había vuelto á saberse de ellos y era creencia general que se habían perdido en el Báltico, por lo que el gobierno alemán mandó á tres de sus mejores torpederos que explorasen el Kattegat. Esta exploración resultó infructuosa y no faltaron optimistas que esperaron que el doctor Kohrs y su compañero habrían descendido en algún paraje de Finlandia, lejos de todo lugar habitado, y que el mejor día se recibirían noticias de que se hallaban sanos y salvos.

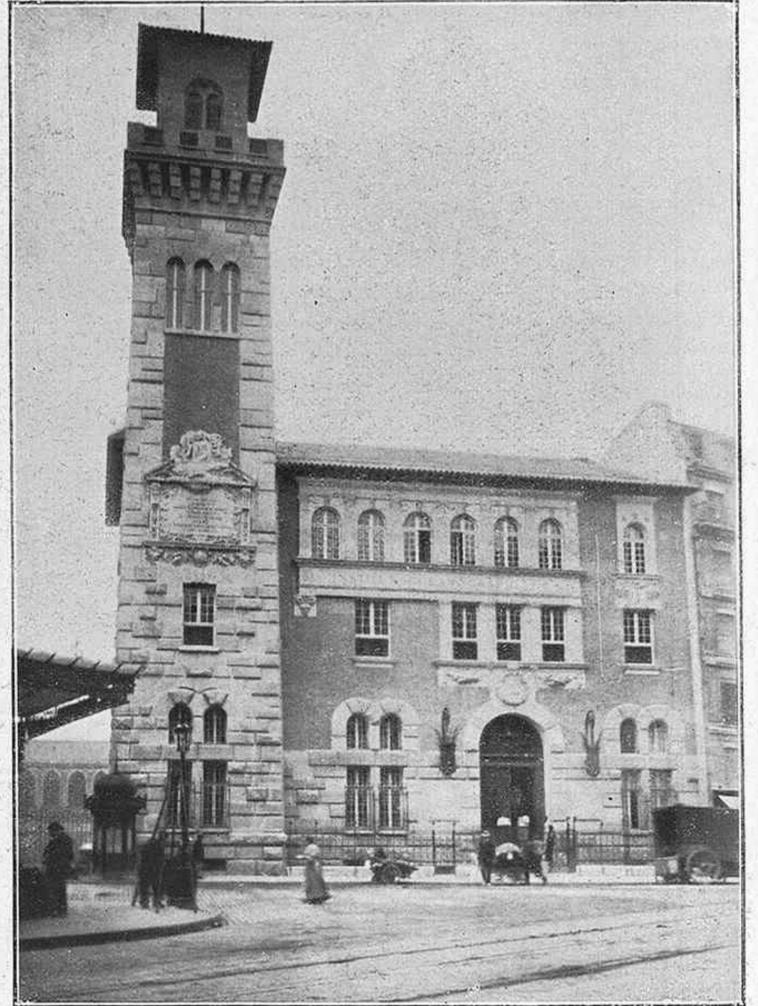
Pero estas esperanzas quedaron desvanecidas cuando se supo hace pocos días que en un pequeño lago de Pomerania, el Jæhrnsee, situado en las inmediaciones de Wildenbruch, habían sido encontrados los restos del globo y los cadáveres de los dos aeronautas. Supónese que al caer el globo, la barquilla rompió la capa de hielo que cubría el lago y se hundió en el fango de éste, y que formada de nuevo la capa helada, por la acción del intenso frío de aquella región, quedaron sepultada debajo del agua la barquilla y disimulada la envoltura bajo una espesa capa de nieve. Inmediatamente después del salvamento, emprendiéronse los trabajos necesarios para extraer los dos cadáveres, de los cuales el uno estaba de pie en la navecilla y el otro tendido en el fondo de la misma. El del doctor Kohrs pudo ser extraído; no así el del Sr. Keidel, que durante las operaciones del salvamento se deslizó y cayó al fondo del lago. La barquilla fué retirada intacta; en ella había varios sacos de lastre y los instrumentos por los cuales se ha venido en conocimiento de que la ascensión apenas duró dos horas.

El día 23 de este mes inauguróse con gran pompa el magnífico Instituto Oceanográfico regalado por el príncipe de Mónaco á la ciudad de París, con asistencia del generoso donador, del presidente de la República, de los miembros del gobierno,

de los embajadores y ministros plenipotenciarios de las potencias extranjeras y de representantes de las corporaciones científicas.

Abrió la sesión inaugural el príncipe con un elocuente discurso en el que relató los trabajos y los estudios por él realizados durante veinticinco años, expuso el carácter de la obra con tanta constancia y tanto cariño por él emprendida y explicó los motivos que le habían impulsado á centralizar en París esta

tud entusiasta al príncipe Alberto por el acto de magnífico desprendimiento que ha llevado á cabo movido por su gran amor á la ciencia.



Instituto Oceanográfico regalado por el príncipe de Mónaco á la ciudad de París y que fué inaugurado por el presidente de la República Francesa el día 23 de los corrientes. (De fotografía de Felipe Hutin.)

Durante su estancia en Jaipur (India), el príncipe heredero de Alemania ha podido realizar lo que constituye el más vivo deseo de los verdaderos cazadores que visitan aquel país, matar un tigre. Aunque allí abunda esta clase de fieras, desde hacía algunos días no se había visto ninguno por aquellos parajes; pero el augusto viajero pudo comprobar una mañana, por las huellas que el animal dejara, que la noche anterior había pasado uno por Jhalama, sitio distante once ó doce kilómetros de Jaipur. Organizada inmediatamente una expedición cinegética con numerosos batidores y colocados los cazadores

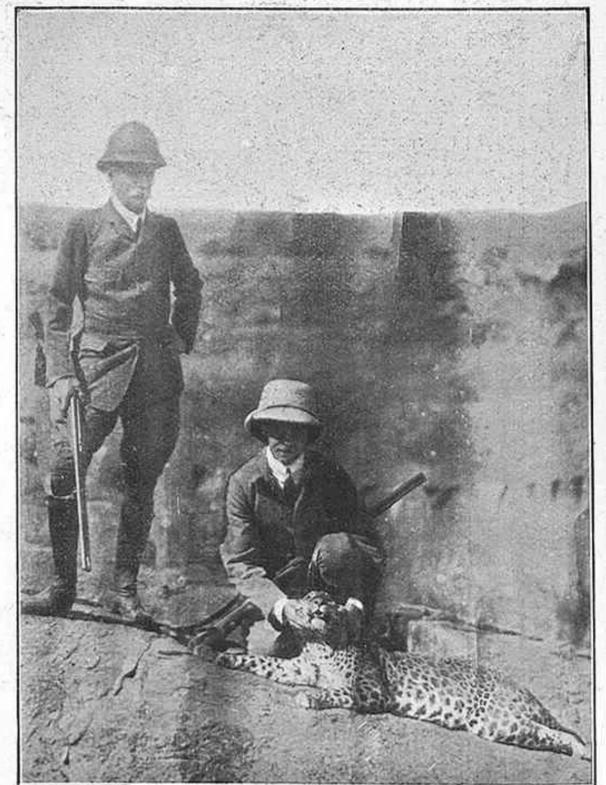


La catástrofe del globo alemán «Hildebrand.» Extracción del cadáver del aeronauta Dr. Kohrs (De fotografía de E. Burow, comunicada por la Deutsche Illustrations-Gesellschaft.)

poner á flote al *U. 3*. Abrióse entonces la torre, con la esperanza de encontrar aún con vida á los tres marinos encerrados en ella; pero cuantos esfuerzos se hicieron para reanimar á aquellos desdichados resultaron inútiles.

Con motivo de esta desgracia, cuyas causas todavía no se conocen, el gobierno alemán ha recibido sentidos pésames de todas las potencias,

obra, fundando allí el Instituto complemento del Museo Oceanográfico de Mónaco y que recogerá la quinta esencia del trabajo elaborado por la oceanografía. Los discursos que á continuación pronunciaron el ministro de Instrucción Pública señor Faure, el presidente de la Academia de Ciencias Sr. Gautier, el vicerrector de la Academia de París Sr. Liard, y el director del Museum Sr. Perrier, fueron otros tantos tributos de grati-



El príncipe heredero de Alemania examinando el tigre por él cazado en Jaipur (India). (De fotografía de Deutsche Illustrations Gesellschaft.)

en sus puestos, comenzó la batida y al poco rato tuvo el príncipe la suerte de matar de un certero tiro un magnífico tigre macho, de dos metros setenta centímetros de largo.

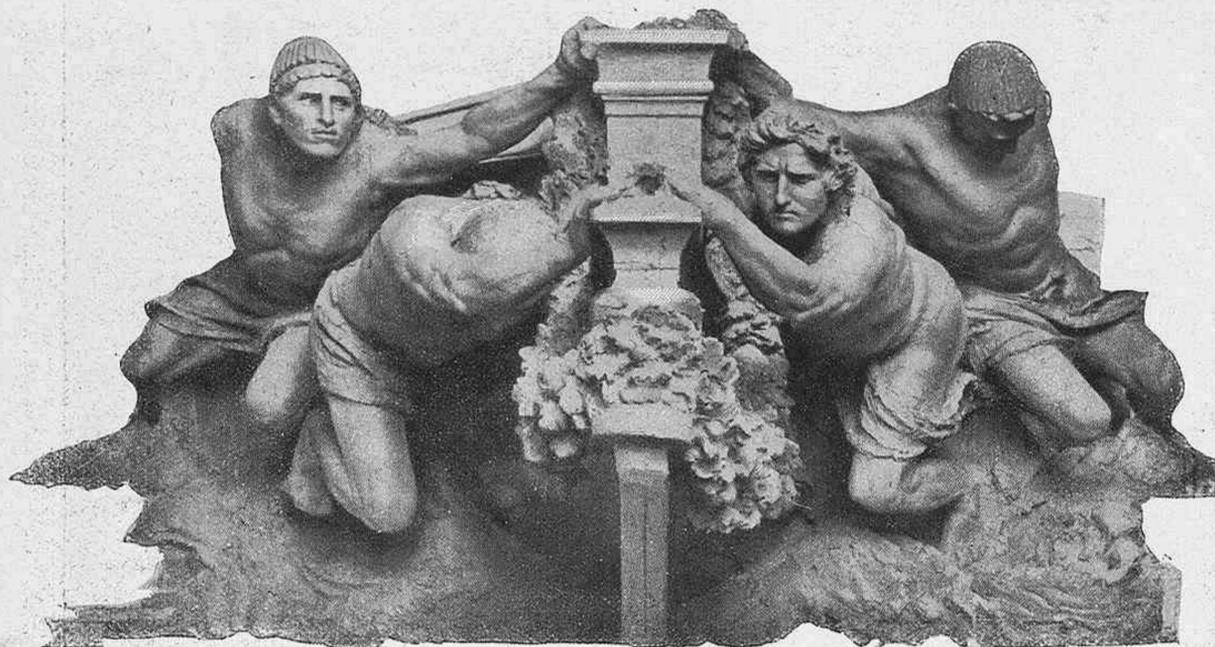
ACTUALIDADES AMERICANAS.—ARGENTINA. CHILE. PARAGUAY

Las colectividades extranjeras residentes en la República Argentina han querido testimoniar su afecto y su gratitud á aquel noble y hospitalario país que

lecta concurrencia. La exposición, que se dividía en cuatro secciones, internacional, nacional, de arte nacional retrospectivo y de artes aplicadas á la industria

»Barros Luco tiene, además, en torno suyo todas las simpatías. Forjado su talento en el yunque del liberalismo, abarca con un criterio sano la trascendencia de la situación nacional que le tocó en suerte presidir. Ha subido al poder con brío después de haber medido la distancia que hay desde el último peldaño del gobierno al primero de la popularidad.»

El nuevo presidente de la República del Paraguay D. Manuel Gondra, nació en 1.º de enero de 1872, se educó en el Colegio Nacional, del que después fué catedrático, y ha desempeñado entre otros cargos



Grupo que ha de figurar en la base del monumento á Cristóbal Colón que la colectividad italiana regala á la República Argentina. Obra de A. Zocchi. (De fotografía.)



D. Manuel Gondra, nuevo presidente de la República del Paraguay. (De fotografía.)

hoy constituye su segunda patria, y para ello han elegido la fecha, gloriosa y memorable para aquel pueblo, del centenario de su independencia. España, Inglaterra, Francia é Italia perpetuarán el recuerdo del hecho más trascendental en la historia argentina con grandiosos monumentos, debido homenaje del viejo mundo á una nación joven y poderosa que hoy merece figurar entre las más progresivas y que debe su prosperidad, su riqueza, su importancia mundial no á conquistas guerreras sino á causas más sólidas, más permanentes, á su trabajo, á su actividad, á su acendrado amor patrio.

El monumento de la colectividad italiana estará

y á la que concurrieron con notables obras artistas de todos los países, se celebró en el magnífico palacio, recién construido que en lo sucesivo se denominará Museo de Bellas Artes.

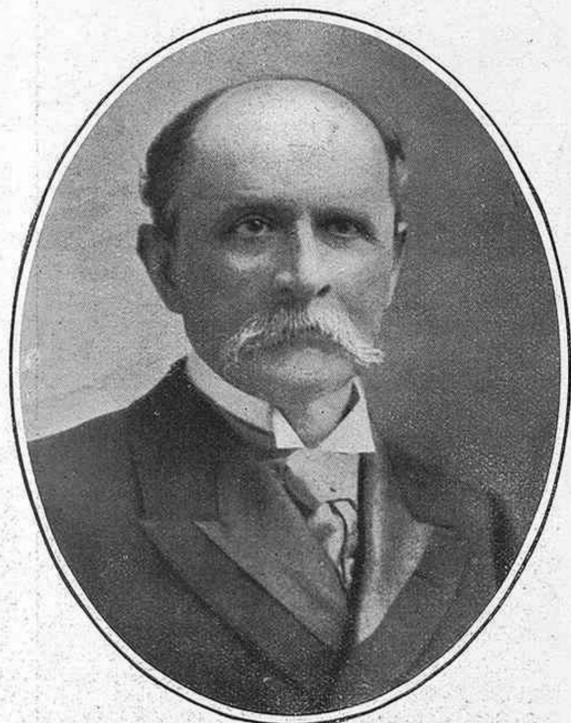
Para suceder en la presidencia de la República de Chile al ilustre D. Pedro Montt, cuyo gobierno tan beneficioso fué para los intereses materiales y morales de aquella república, ha sido elegido y recientemente ha tomado posesión de su elevado cargo, otro chileno ilustre, D. Ramón Barros Luco, á propósito de cuya elección ha escrito una importante revista sudamericana los siguientes conceptos que nos parece oportuno reproducir:

«Con la llegada á la suprema magistratura del eminente ciudadano D. Ramón Barros Luco las esperanzas del buen pueblo chileno se cifran en una era de progreso y bienestar para la nación que bien la merece.

»En estos últimos tiempos la política chilena tuvo momentos de avasallador empuje y horas de quebranto. El duelo por la muerte de sus dos preclaros hijos que gobernaron efímeramente, determinaron en el continente americano profunda expectativa que aho-

los de inspector de Escuelas Nacionales y secretario de la Universidad Nacional. Goza de gran reputación como escritor y crítico literario; es periodista de nota y uno de los jefes del partido liberal.

En 1903 la Junta Superior de Enseñanza le comisionó para dictar un informe sobre la reforma de los ramos superiores de instrucción siendo adoptadas sus proposiciones. Ha sido ministro en Río Janeiro, ministro de Relaciones Exteriores y delegado del Paraguay en la Tercera Conferencia Panamericana.



D. Ramón Barros Luco, presidente de la República de Chile que recientemente ha tomado posesión de su cargo. (De fotografía.)

dedicado á Cristóbal Colón y en su estudio de Roma está trabajando en él el notable escultor Arnaldo Zocchi; de la belleza y de la grandiosidad de la obra permite formarse cabal idea el fragmento que reproducimos adjunto y que representa un grupo de marineros botando al agua la carabela en la que el navegante realizara el descubrimiento que ha inmortalizado su nombre.

Uno de los festejos más interesantes con que Chile celebró el centenario de su independencia, fué la Exposición Internacional de Bellas Artes que inauguraron los presidentes de Chile y de la Argentina, en presencia de los altos funcionarios del gobierno, de las delegaciones extranjeras y de numerosa y se-



Santiago de Chile.—El nuevo Palacio de Bellas Artes, inaugurado el día 17 de septiembre último con motivo de las fiestas del centenario de la independencia de Chile, con una notable exposición internacional de Bellas Artes. (De fotografía.)

ra por fortuna se resuelve, como ya decimos, en esperanzas hacia el nuevo presidente, honra del Parlamento y del Foro.

Su elección para la presidencia de la República ha merecido la aprobación de todo el país que ve en él la más sólida garantía de paz y de progreso.—P.



DECLARACIÓN DE AMOR, dibujo de St. Rejchan



Grupo de retratos, por Walter Peterson



Payesa, cuadro de Ricardo Urgell, premiado en la Exposición de Bruselas



Aldeanos en oración, cuadro de C. Duvent. (Exposición Internacional de Bruselas. 1910.)

ACTUALIDADES BARCELONESAS.—INAUGURACIÓN DEL MUSEO SOCIAL.—«ELS ZIN-CALÓS»

(Fotografías de nuestro reportero A. Merletti)



Salida del Ministro de la Universidad Industrial, después de inaugurado el Museo Social.—Sesión inaugural del Museo: la presidencia

Con solemnidad extraordinaria efectuóse el domingo, día 22 de los corrientes, la inauguración del Museo Social, para asistir á la cual vinieron de Madrid el ministro de Gracia y Justicia Sr. Ruiz Valarino, el general de ingenieros Sr. Marvá, en representación del Instituto de Reformas Sociales, los directores generales de Penales y de Registros Sres. Navarrotreverter y Weyler, y el Sr. Maluquer y Salvador, representante del Instituto Nacional de Previsión.

Asistieron al acto las autoridades, representaciones del Ayuntamiento y de la Diputación provincial, comisiones de varias corporaciones y entidades, senadores, diputados y un público tan numeroso como escogido.

Ocupada la presidencia por el señor ministro, quien tenía á sus lados al capitán general Sr. Weyler, al alcalde señor marqués de Marianao, al obispo Dr. Laguarda, al general Marvá, al gobernador civil Sr. Portela, al presidente de la Diputación provincial Sr. Prat de la Riba, al presidente de la Audiencia Sr. del Río y al Sr. Maluquer y Salvador, D. Ramón Albó, secretario del Museo, leyó telegramas de adhesión de los señores Azcarate, Dato, vizconde de Eza y Sangro, presidentes respectivamente del Instituto de Reformas Sociales, del Instituto Nacional de Previsión, de la Comisión de estudios sobre el paro forzoso y del Instituto de la protección legal á los obreros. Después dió lectura de una interesantísima Memoria sobre la creación del Museo, en la que trazó á grandes rasgos toda la historia de éste á partir de la iniciativa que tomó la Diputa-

menos acomodadas, excitó á las clases pudientes á colaborar en obra tan trascendental y terminó dando las gracias á cuantos han cooperado á ella y á los que con su asistencia habían contribuido á la brillantez del acto que se celebraba.

El Sr. Maluquer dedicó grandes elogios al Museo y felicitó al Ayuntamiento, á la Diputación y muy particularmente á los Sres. Albó y Tallada, organizadores del Museo que es orgullo de Barcelona y de España.

El general Marvá señaló la trascendencia y la importancia del Museo Social para la solución de los graves problemas sociales y la evitación de los accidentes del trabajo y afirmó que es lógico que se haya creado la primera institución de esta clase en Barcelona, ciudad en donde el desarrollo intenso del trabajo hace que se planteen más intensamente aquellos problemas.

El ministro, en un elocuente discurso, dedicó también entusiastas elogios al Museo, al pueblo catalán, á los organizadores de aquél, á la Diputación y al Ayuntamiento, ofreció el apoyo del gobierno para el desenvolvimiento de institución tan meritoria y felicitó á cuantos en ésta han colaborado en nombre de los reyes.

El marqués de Marianao dió las gracias al ministro y á todos los que habían asistido al acto é hizo algunas oportunas consideraciones sobre el problema social.

En el teatro Principal se ha estrenado un esbozo dramático en un acto titulado *Els zin-calós* (*Los gitanos*), original de D. Julio Vallmitjana. Es una obra, como su título indica, de costumbres gitanas, pero llevadas á la escena no como consecuencia de una observación superficial de lo que puedan tener de pintorescas, sino después de un estudio profundo del carácter, del modo de ser y de sentir de esa raza, en la que las supersticiones y las pasiones alcanzan un grado de intensidad extraordinario. Rivalidades, celos, odios, amores, de todo hay en el drama de Vallmitjana, y todo se nos aparece vívido, con el relieve y á veces con el horror de la realidad, pero sublimado al mismo tiempo hasta el punto de que aquellos personajes exóticos, por vez primera llevados á la escena, se agigantan



Escena de amor. (Sra. Xirgu y Sr. Ortú.)



Els zin-calós (*Los gitanos*), esbozo dramático en un acto de Julio Vallmitjana, estrenado con gran éxito en el teatro Principal.—Escena final

ción en 1907 y secundó eficazmente el Ayuntamiento, expuso la organización del mismo, explicó los altos fines que con él se persiguen y los valiosos servicios que ha de prestar á las clases

Terminados los discursos, que fueron muy aplaudidos, el ministro y sus acompañantes recorrieron las salas del Museo y visitaron la Universidad Industrial.

La obra del Sr. Vallmitjana ha sido un verdadero éxito teatral y figurará sin duda entre las mejores de la literatura dramática catalana.—P.

LO QUE PUEDE EL AMOR

NOVELA ORIGINAL DE TERESA KOEHLER.—ILUSTRADA POR A. MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN)

—Verás, verás, continuó Elsa riendo. Hubo quien quiso ponerle á mister James la camisa de fuerza, por pura precaución, á lo cual asintió el alcalde; pero

poco, había ido aliviando en los menesteres y cuidados de la casa, hasta que se los confió enteramente al anunciarse la llegada de un heredero.

Rita se acostumbró á atender sus correcciones y á respetar sus juicios; pero, personalmente, seguía viéndole con la misma indiferencia que el primer día.



... que después de enterarse de quién era Rita, la saludó cortesmente...

Boulanger los disuadió diciéndoles que entonces el loco empezaría á dar mordiscos á todo bicho viviente, y esto ya era más grave, pues aquel á quien mordiera estaba perdido; que él entraría á apaciguarlo mientras los vecinos apuraban unas botellas. Y Enrique entró, y ambos quedaron en comer con aquella buena gente y en seguir la broma de la locura hasta escapar del pueblo. Estuvieron sujetos á la vigilancia de los mozos, que los oían reír y charlar animadamente, lo que aumentó aún su admiración por el valiente francés, que se había atrevido, él solo, con semejante fiera. Cuando salieron, cogidos del brazo, ordenó el precavido alcalde que los niños y las jóvenes se pusieran en segunda fila, por si mordía mister James, pues era de suponer que prefiriera la carne tierna... Hasta ahora dicen que no ha vuelto á repetirse el ataque, y que ni por asomos ha dado muestra alguna de enajenación mental.

Al acabar su narración, Elsa, muerta de risa, miró por la ventana, y, de pronto, dijo:

—Bien dice el refrán que en nombrando al ruin de Roma... Tía, ahí tienes á mister James; que te diviertas, que yo me escapo...

Y cogiendo de la mano á Rita, desapareció con ésta.

VI

Rita se pasaba la vida con Elsa, á quien, poco á

—Debías renunciar á tu proyecto y quedarte con nosotros, le decía Elsa á menudo; pues yo no sé qué va á ser este nidito cuando tú faltes de él.

—Estaré aquí hasta el otoño; entonces podremos ambas ocupar nuestros respectivos puestos.

Rita había adelantado de una manera sorprendente, y buscaba, para el otoño, una casa en donde poder entrar como institutriz. La joven no había vuelto á ver á Cayetano, pero éste la observaba y admiraba desde lejos. A menudo se hacía el enconadizo con Carlos, á quien encargaba de sus saludos para las señoras; y aunque bebía los vientos por volver á casa de su amigo, no puso los pies en ella.

En cambio la frecuentaban mucho Enrique Boulanger y mister John. Éste no disimulaba su creciente admiración por Rita, mientras que el francés no sólo no hacía notar, ni con una lisonja ni con una palabra imprudente, lo que sentía por la muchacha, sino que parecía haber puesto empeño en hacer ver á ésta, únicamente, un afecto fraternal y un gran interés por su talento y su educación, exento de egoísmo.

Con la mayor delicadeza advertía Enrique á la joven cualquier falta que se le escapara en el francés, pues siempre conversaba con ella en este idioma, para que, con el ejercicio continuo, llegara á vencer todas sus dificultades. La instruía, sin que ella misma se percatara, tanto en francés como en la música.

Elsa, Rita y Emilia formaban una piña que los del pueblo dieron en llamar «la triple alianza.»

Doña Juana estaba algo amoscada porque Carlos retrasaba el bautizo del pequeñuelo, lo cual calificaba aquélla de poco cristiano y poco edificante; el nuevo papá sólo contestaba á tales censuras con un lacónico:

—Quiero que Elsa asista al bautizo.

Un día enfadóse de veras doña Juana y declaró terminantemente que renunciaba al honor de apadrinar al niño si la ceremonia se retrasaba por más tiempo.

—Pero, tía, ¿qué prisa te corre? Ya sabes que el niño Jesús tenía ocho días cuando le impusieron el nombre... Mira, si te esperas le pondremos el tuyo; se llamará Juan.

—De ningún modo: sus nombres serán Carlos Juan y Alfonso.

La fiesta fué tal, que aún la recuerdan con gozo los viejos de Liébana. Todo lo mejorcito de la comarca se reunió, para festejar el fausto acontecimiento, en casa de la madrina, que lo había exigido así para evitarle á Elsa las molestias del natural alboroto. La venturosa madre había encargado á Emilia que no perdiera de vista á Rita.

—¡Buena le espera á la pobrecilla, dijo, entre tantos adoradores y tanta señorona!.

Era la primera vez que la linda montañesa asistía á una reunión de personas distinguidas, y, para que se presentara convenientemente, Elsa le había encargado á Madrid, en secreto, un hermoso vestido.

—Nadie me conocerá con este elegantísimo traje, decía Rita; pues yo misma me desconozco.

—Tanto mejor, le contestaba Emilia; tú ocúpate sólo en hacer lo que el vestido te ordene, como si toda tu vida hubieras gastado sedas y terciopelos; ya sabes que, dadas las miras mezquinas de la sociedad, hoy nadie se impone sino con los trapos y la ostentación. Yo lo hice así y no me fué mal... A la gente hay que tratarla como se merece.

—¡Pobre de mí!, se oyó decir burlescamente detrás de una cortina, la cual se abrió para dar paso á Alfonso. ¡Vaya con mi mujercita! Pues á mí bien supiste imponerte vistiendo la blusita de percal...

—Esas palabras te elevan á muchos codos sobre las miserias de las almas ruines, dijo Emilia saladamente; pues demuestran que supiste reconocer el mérito aun bajo la modesta ropa de batalla, mortal afortunado.

—Siga usted, Rita, al pie de la letra los consejos de mi costilla; le sobra razón hasta por encima de la cabeza...

Las encopetadas señoras de Liébana se hacían cruces al ver la transformación de la joven.

—¿Y ésta es aquella Rita que conocíamos, decían, esta señorita que con uno habla alemán y con otro francés, como si jamás hubiera hecho otra cosa? ¡Si parece imposible!

—Sí es, sí; la misma..., contestó Alfonso irónicamente, encarándose con la madre de Cayetano; nadie sabe á lo que puede llegar en este mundo, ¿verdad, doña Milagros? Esa Rita bien vale una fortuna...

Tratándose de Alfonso era difícil averiguar si esta observación era ingenua ó encerraba un terrible sarcasmo.

—Yo lo que sé decir es que daría por su posesión hasta la sangre de mis venas, dijo Cayetano; y, á pesar de esto, me desdén...

Aunque estas palabras iban sólo dirigidas á Alfonso, tanto Silvia como doña Milagros las oyeron perfectamente.

—Míster James, ¿desea usted algo?, preguntaba entretanto Emilia al inglés, que iba de grupo en grupo examinando á todas las jóvenes, con una franqueza y naturalidad verdaderamente británica.

—¡Oh no!, contestó míster James tranquilamente; quiero decir que hoy hace un año estábamos aquí también, y deseo que esta fiesta se renueve todos los años y la celebremos reunidos del mismo modo..., y con el mismo objeto.

—¡Dios mío, qué cumplido tan..., tan inglés!, exclamó Emilia. Entonces encargaremos á usted que nos proporcione las nodrizas necesarias.

—Eso no, replicó míster James abriendo asombro sus ojos mortecinos. Esto es deber de los padres y de la tía; pero la leche de mis vacas montañesas la daría gustoso si fuese necesario...

Todos celebraron la ocurrencia del inglés, rodeándole para no perder ninguna de sus extravagantes salidas.

—¿Es verdad, míster James, que le ha comprado usted al boticario loco todas sus gallinas teñidas de colorado, para mandarlas á su tierra?

—Sí, es verdad, y están muy bonitas... Y si las guardan de la humedad seguirán rojas mientras vivan: tengo una declaración escrita del boticario, que así lo afirma.

—Y lo del cordero azul, ¿también es cierto?

—Claro que sí, respondió míster James gravemente. Esas ideas son muy originales y gustan mucho en mi país. Estoy seguro de que en Inglaterra tendrán gran aceptación, y que los pagarán, gallinas y cordero, doble de lo que me costaron á mí; pues á nadie se le ocurre semejante cosa sino es á un boticario español. Ayer me trajeron también un gato montés...

—Pues si no tiene la piel verde como una lechuga, suéltele usted, que no es legítimo, dijo Alfonso con la seriedad de un naturalista. Estos animales son herbívoros, y ya sabe usted que la piel toma el color del alimento...

—¡Eso es un disparate!, gruñó míster James. ¿Cuándo ha visto usted que otros animales herbívoros sean verdes?

—Hablo de los gatos, insistió Alfonso en la misma forma; y si el de usted no es verde no cabe duda en que le han obsequiado con un felino doméstico...

—¿Doméstico, eh? Mire usted cómo tengo las manos y los brazos; me los ha desgarrado de mala manera... Pero ¡qué dice usted, si salta por las paredes, rompe y desgarrá lo que encuentra y no se me ha ti-

rado á la cara por milagro!.. El hombre ha tenido que narcotizarle para podérmelo traer; es un ejemplar hermoso, hermosísimo...

En aquel momento presentóse la niñera con el recién nacido, envuelto en una nube de encajes y de lazos. Todos, menos Elsa y Rita, se encaminaron á la iglesia. Si doña Juana hubiera sido la verdadera abuela, no hubiera podido ir más alegre ni onrada, entre Carlos y Alfonso, presidiendo la comitiva. Estos llevaban los bolsillos repletos de caramelos y moneda menuda, que arrojaban á la chiquillería del pueblo, la cual corría de acá para allá, se empujaba y manoteaba gritando á todo pulmón el acostumbrado:

—¡Pelón!, ¡pelón!..

Sólo un puñado de perras y de dulces, lanzados al aire, los acallaba un instante, para precipitarse, como lobeznos hambrientos, sobre el botín: los más listos cogían algo en el aire; los más débiles rodaban por el suelo ante el ímpetu de los grandullones; los tímidos quedaban rezagados, con ojos entre tristes y envidiosos, esperando que pasara la balumba para buscar las sobras entre el polvo. Y luego todos volvían á la matraca con más fuerza:

—¡Pelón!, ¡pelón!..

Carlos reía y lanzaba otro puñado.

—¿Te acuerdas, tía, cómo te disgustabas cuando yo andaba en esas filas de combatientes, á mojiçón limpio por coger un caramelo? ¡Y eso que tú, por evitarlo, me obsequiabas con un papelón de dulces cuando había bautizo! Pero mi chico será también de la partida; se disfruta mucho...

Y tiraba otro puñado entre los más alborotadores.

Terminada la ceremonia religiosa, el señor cura acompañó á los invitados á la casa, y él fué quien colocó al nuevo cristianito en los brazos de su madre, que, conmovida, estrechó al pequeñuelo contra su corazón prometiendo mentalmente al Señor educarlo para el bien. El párroco roció luego la habitación y á los concurrentes de agua bendita, y dió mil parabienes á los padres.

—Esto me ha gustado; es una costumbre muy bonita, dijo míster James á Boulanger, que había seguido, con mirada burlesca, las manipulaciones del cura.

—Estos españoles, contestó, no pueden prescindir, por lo visto, de tales ceremonias y aguas lustrales, cosa que á mí me resulta muy teatral y ridícula...

Una mirada severa de unos grandes ojos negros hizo enmudecer á Enrique, y la dueña de aquellos ojos, Rita, que pasaba junto á ambos interlocutores, dijo gravemente:

—Sólo puede reirse de estos actos quien no comprende su sentido.

—¡Con qué facilidad y con qué dureza me censura usted!, dijo Enrique mirándola con pasión. Y eso que nadie tiene menos derecho que usted á quejarse de mí...

Rita se encogió ligeramente de hombros y siguió andando.

—Pero serás mía, de grado ó por fuerza, pensó despechado el francés. Enrique Boulanger no ha solicitado en vano todavía, y tu resistencia te hace aún más deseable y me incita á la lucha. ¡Ya llegará mi hora!..

Y sonriendo forzosamente y retorciéndose el sedoso bigote, mientras seguía con los ojos la interesante y esbelta figura de la joven, murmuró entre dientes:

—La verdad es que esa muchacha me obliga á variar de modo de ser y de pensar, y casi desearía que completase la transformación de toda mi persona.

Míster John fué á sentarse al lado de Cayetano, que era el español que más le gustaba, y señalando discretamente á Rita le dijo:

—¡Qué progresos ha hecho esa señorita! En ella se unen el fuego y la vivacidad meridionales, con la delicadeza y el sentimentalismo alemanes. ¡Hermosa y afortunada mezcla! ¿Verdad?

John no sabía una palabra de las relaciones entre Rita y Cayetano, de quien siempre había oído decir que se casaría con su prima, rumor que había tomado vuelo en los últimos días.

—Mi ideal sería casarme con una mujer así y si yo supiera que ésta se hallaba libre, me atrevería á proponérselo... ¿Qué me aconseja usted?

—¿Yo?, exclamó Cayetano, tentado de mandar á paseo al inglés; pero, dominándose, pensó que mejor era míster John que no el maldito Boulanger. Así contestó lacónicamente:

—Mi opinión es que el que no se aventura no pasa la mar. Y vació de un trago la copa de champaña que tenía delante.

—¿Le parece á usted que no me desairaría? Yo creo que el Sr. Boulanger está en mejores condiciones: sabe aprovechar su talento musical y...

—¡No, por dios!, gritó Cayetano con ademán descompuesto.

Míster John, ante tan efusiva protesta, que él tomó

por demostración de afecto, apresuróse á estrechar la mano de Cayetano; el cual, no pudiendo soportar el ruido ni la gente, salió al jardín en busca de un lugar escondido donde calmar su agitación.

—¿La engañará el francés? ¿Se casará con míster John?, se decía, trastornado por un cúmulo de ideas contradictorias. Se arrojó sobre un banco oculto y allí se entregó, como un loco, á las más disparatadas conjeturas y á los planes más descabellados. Fuerzas no le faltaban para luchar contra el destino, ya que, en vez de gemir como una mujer, estaba firmemente resuelto á reirse de todo el mundo. Rita se disponía á ser de otro... ¿Por qué no había de anticiparsele él?..

La fatalidad le puso en aquel momento delante de los ojos á Silvia, que le buscaba hacía rato y que le dijo, con blando reproche:

—Por fin te encuentro... Mira, Cayetano, no puedo seguir viéndote sufrir de ese modo; se me desgarrá el corazón... ¿Quieres casarte con ella? Yo te ayudaré á alcanzarla... Antes eras el joven más alegre y divertido de toda Liébana; hoy...

—Hoy soy un bicho extravagante y aburrido, que te amarga la vida. ¡Pobrecilla! Me parece que sólo he servido para atormentarte, ¿verdad?

Diciendo esto atrajo á Silvia hacia sí, la obligó á sentarse á su lado y le preguntó, sin pararse en lo que decía:

—Silvia, ¿te decidirías á casarte conmigo?

La joven, asustada, se puso en pie y quiso huir; pero Cayetano la retuvo diciéndole con voz bronca:

—Di sí, ó no; pues no he de preguntarte dos veces, y tú no tienes la disculpa de que no me conoces... Mi madre lo desea y tú ya sé que me quieres.

—Sí, yo te quiero, pero tú..., tú quieres á otra...

—Oye, Silvia; ¿me tienes por hombre honrado?

La joven asintió.

—Bien, pues te prometo que seré para ti un marido fiel, y que no te daré el menor motivo de queja. Es preciso que nos casemos, Silvia; que me salves de mí mismo. Di, ¿sí, ó no?

—Sí, murmuró la joven apoyando su cabeza en el pecho de Cayetano.

Este, conmovido, contempló los grandes y dulces ojos de su prima, que le miraban con expresión infinita de ternura, la besó en la frente y la estrechó contra sí con el afecto respetuoso de un hermano.

—Ahora, vete, dijo, y anúnciale á maníá la buena nueva; yo voy en seguida y haremos público nuestro compromiso.

Silvia hubiera querido que la acompañase pero no se atrevió á insinuarlo, y sólo dijo, amorosamente:

—Pero no tardes mucho...

—¡Qué modesta es la pobrecilla!, pensó el joven viéndola alejarse. También es una felicidad hacer la ventura ajena.

De pronto oyó Cayetano pasos y voces muy cerca de su escondite; quiso salir de allí para no enterarse de la conversación, pero comprendió que ya era imposible sin que le vieran, y hubo de permanecer en el banco.

Una voz de hombre decía en mal castellano:

—El asunto de religión no es motivo suficiente para que usted me rechace. Mi madre también era católica, y, sin embargo, nunca oí que entre mis padres hubiera el menor disentiimiento...

—Pero usted es protestante...

—Sí, efectivamente; pero no por eso me opondría jamás á que usted cumpliera con los deberes que le impone su religión...

—No lo dudo, mas..., la fe acabaría por debilitarse en mí. ¡Es tan fuerte la tentación! Y yo deseo, si algún día me caso, poder pensar y creer como mi marido.

—Es decir, que, en este punto, se halla más cerca de usted el Sr. Boulanger... ¿No es eso?

—No, señor, contestó Rita con dureza; está usted muy equivocado... Si me dedico tanto al estudio es porque he renunciado para siempre al amor. Y como es preciso que la vida tenga un objeto, he decidido que el mío sea fundar con el trabajo un porvenir seguro y tranquilo para mí y para mis padres. Hoy mismo, precisamente, me han ofrecido una plaza de institutriz en Madrid, y es muy probable que la acepte y vaya en seguida á ocuparla. Le agradeceré á usted mucho que conserve de mí un buen recuerdo, que no me tenga rencor...

La joven estrechó la mano del inglés y se dirigió nuevamente al salón.

La voz de la mujer amada, sorprendiendo en su retiro al soñador solitario, había roto violentamente aquel principio de equilibrio moral ganado á costa de tantos combates interiores. ¿Qué había hecho, desventurado? ¿No había sido una locura rendir su voluntad para siempre, en un arrebato de celos? Y si ella volviera ahora arrepentida, ¿qué sería de él?

—¡Señor, Señor; dame fuerzas para resistir!, gimió, desesperado.

Luego se puso en pie y, con paso rápido, como quien huye de su propia debilidad, fué á refugiarse al lado de su madre y de Silvia, que le recibieron llenas de gozo. Juntos fueron los tres en busca de Carlos, para suplicarle que, á los postres, participara á los invitados el próximo enlace de ambos jóvenes. Carlos se hallaba en aquel momento en el gabinete de su esposa, á donde se había retirado un momento en compañía de Rita. Ésta, de rodillas al pie de la cuna, contemplaba embobada al pequeñuelo dormido; su delicado perfil se destacaba con líneas suaves en la penumbra, en el fondo de la alcoba, la cual estaba separada del gabinete sólo por un pesado cortinón de terciopelo, entonces descubierto.

La puerta exterior del gabinete se abrió poco á poco, y entraron quedamente doña Milagros y los novios. Rita no se movió de su sitio, y, sin respirar, oyó la petición de la madre de Cayetano. Elsa, siempre tierna y vigilante, levantóse apresuradamente á correr el cortinón, como si temiera que la voz de la dama pudiera turbar el sueño de su hijo. Cayetano siguió instintivamente los movimientos de la dueña de la casa, y en su corazón quedó impreso, para no borrarse jamás, el delicioso cuadro que se ofreció un instante á sus ojos como una visión mágica. Comprendió entonces el motivo de la solicitud de Elsa, la cual felicitó luego á los novios como si la sorpresa de la noticia se lo hubiera hecho olvidar; pero fué una felicitación á medias, y de mala gana.

Carlos aceptó el honroso encargo de comunicar á sus invitados la fausta nueva, y condujo á Silvia y á Cayetano á una de las cabeceras de la larga mesa del comedor.

—En seguida estaré á la disposición de ustedes, dijo Elsa cuando salían del gabinete, voy á echar un vistazo al chiquitín.

—Rita, hija mía, ven, dijo después que se hubieron alejado, y ayudando á levantar á la joven que aún permanecía en la misma actitud.

—Déjame aquí; si todo debía ocurrir como ha ocurrido...

—¿No quieres venir á la mesa? ¿Lo has oído todo, verdad?

—Sí, sí, todo... Pero te acompañaré al comedor: comprendo que es necesario dominarme, ahogar mis sentimientos; pues dentro de poco á nadie interesará lo que yo sienta ó sufra. ¡Dios le haga tan feliz como lo desea mi corazón!

Cogidas del brazo aparecieron Elsa y Rita en el comedor; Carlos se adelantó á recibir á su esposa, y Enrique, siempre oportuno, ofreció su brazo á Rita.

El alborozo de los invitados rayaba en su apogeo, y los brindis se sucedían sin interrupción, cuando se levantó Miranda á anunciar la boda de Cayetano y Silvia, á la cual doña Milagros se apresuró á convidar á todos los presentes.

Hubo palmoteos y bravos, y arreciaron los brindis. Boulanger, con la copa aún levantada, dijo:

—Tengo que ausentarme, pues papá me espera en París, pero estaré de vuelta para entonces. ¿Han fijado ustedes ya la fecha?

—Dentro de tres semanas, contestó doña Milagros.

Los novios miraron sorprendidos y, casi casi, asustados á la dama, pero no se atrevieron á contradecirla. Las miradas de Enrique y Elsa se cruzaron, y ambas fueron á parar á Rita, que, indiferente al parecer, conversaba muy animada, sobre Madrid, con su vecino de la izquierda. Boulanger los interrumpió diciendo, mientras levantaba otra vez su copa y miraba á la joven como si quisiera penetrar hasta el fondo de su alma:

—¿No quiere usted brindar conmigo á la felicidad de los futuros cónyuges; á que viva y florezca muchos años ese amor que los une desde niños? Ea, señorita, levante usted su copa.

Sólo Dios sabe lo que pasaba por Rita en aquellos supremos instantes; pero la ironía con que el francés pronunció sus palabras le hizo recobrar la serenidad suficiente para contestar:

—Por lo visto en su país no se comprende lo que es un cariño de la infancia, como el que sienten Cayetano y su prometida... Creo que en Francia los padres se encargan de contratar las bodas según les conviene, ¿verdad?

Y haciendo un esfuerzo saludó á los novios con la copa rebosante de champaña.

—Vaya, que el novio no tiene aspecto de morirse de alegría..., contestó Boulanger en tono zumbón.

—Acaso sepa usted por experiencia la cara que hay que poner en estos casos; pues allá también debe de haber sus reglas para eso...

—¡Qué mal nos trata usted, señorita!

El francés clavó en Rita sus ojos escrutadores; pero muy lejos de descubrir el menor rastro de agitación,

sólo pudo observar la sonrisa irónica con que la joven acompañaba sus respuestas á las poco delicadas tentativas de Enrique, hijas de los celos, para averiguar si realmente había amado ó no á Cayetano.

Rita supo llevar la conversación al objeto que parecía más interesante para Boulanger: su próximo viaje, y le preguntó bromeando que á dónde pensaba tender su vuelo caprichoso.

—Aún no lo sé; papá quiere hablarme, pero yo creo que la nostalgia me obligará á volver á esta tierra. Mi vida aquí ha sido tan diferente de la que había llevado hasta ahora... ¡Ya veremos! En París se hallan siempre nuevos atractivos, alicientes inesperados...

—Eso prueba que no le retiene á usted aquí ningún asunto del corazón.

—O que el corazón no ha sufrido aún ninguna acometida, contestó el joven.

—¡Cómo! ¿A su edad había de estar callado todavía?, exclamó Rita imprudentemente. Entonces, puede usted estar seguro de que no le molestará nunca, y...

Una mirada ardiente de Boulanger, que le dió frío, hizo enmudecer á la joven, y ésta fué la única réplica del francés. Asustada Rita ante aquella pasión que descubría, ante aquel fuego que la amenazaba y que, seguramente, no había de respetar nada ni á nadie, recordó el aviso de Cayetano, é involuntariamente le buscaron sus ojos.

Cayetano debía de haber observado su animada conversación con Enrique; pues le contestó con una mirada severa y desdenosa y volvióse inmediatamente hacia su futura en actitud más cariñosa y expresiva que antes. Todo el valor de Rita se vino en un instante al suelo, y hubiera dado libertad al torrente de sus lágrimas, si dos ojos cariñosos y vigilantes, que habían observado toda la escena, no hubieran acudido en auxilio de la joven con sus miradas animosas. Y antes de que se desarrollara un nuevo episodio de aquel drama mudo, se oyó la voz de Emilia que decía:

—Rita, hazme el favor de tu *Historia de España*. Estos caballeros hacen una hora que discuten una fecha histórica, y si á los hombres no se les demuestra las cosas en letras de molde, no hay quien los apee del burro.

Alfonso se quedó sorprendido al ver que su mujer convertía una afirmación sin importancia en discusión histórica; pero al observar el aspecto grave de Emilia comprendió que todo obedecía al propósito de hacer salir á Rita del comedor.

Admirador entusiasta del talento diplomático de su esposa, la saludó afectuosamente, mientras ella se sentaba en el lugar que había ocupado Rita; la cual envió el libro por un criado, y no reapareció hasta que ya empezaban á desfilarse los primeros convidados. Al despedirse los novios dió un beso á Silvia, y, en voz baja, la enhorabuena; y lo extraño del caso fué que doña Milagros, que nunca se había dignado saludar á la joven, la estrechó aquella noche apretadamente entre sus brazos. Rita se dejó besar y acariciar por la anciana, pero sin responder á tales demostraciones, y escuchó también con indiferente tranquilidad los buenos deseos de todos, hasta que la casa quedó en silencio. Boulanger había intentado aproximarse de nuevo á Rita, pero Emilia supo evitarlo hábilmente y se lo llevó sin que lograra su deseo.

* * *

Muy temprano saltó de la cama doña Milagros al día siguiente; pues la realización de sus ambiciones no la había dejado ni siquiera entornar los ojos en toda la noche. La noble dama, sentada á su mesa-escritorio, leía y releía con el mayor interés un documento cuyo pie estaba cuajado de garabatos y estampillas, cuando entró en la estancia Cayetano.

Doña Milagros no advirtió la presencia de su hijo, ni oyó el saludo de éste, que, sorprendido, se llegó hasta la mesa, en la cual apoyó las manos.

—Buenos días, mamá...

—¡Hola!. Mira, mira..., lee y entérate de eso; convéncete por ti mismo de lo rico que eres.

El joven leyó el pliego que le alargaba su madre, y luego dijo tristemente:

—¿Por qué no he sabido esto antes, mamá?

—Porque deseaba que vuestra unión se realizara sin que para nada interviniera la cuestión de intereses, y eso es lo que hoy constituye mi mayor alegría.

Cayetano apoyó su cabeza entre las manos y contempló sombríamente aquellas enormes cantidades estampadas en el papel.

—Pues si esto es verdad, pensaba, ya soy tan rico como el francés...

Y después de un rato de silencio dijo á su madre, sin levantar la cabeza:

—¿Conoce alguien más el contenido de este testamento?

—Sí, me parece haber hablado de este asunto con Carlos y Alfonso, pero exigiéndoles que no dijeran una palabra.

—¿Y nadie más?, insistió Cayetano mirando fijamente á la anciana.

Doña Milagros vaciló. Un momento tuvo la idea de mentir, pero luego contestó con firmeza:

—Sí, también se lo dije á Rita.

—¿Cuándo?, preguntó lacónicamente el joven.

—No quisiera equivocarme: creo que fué el domingo de Pascua...

—Sí, justamente; el domingo de Pascua..., dijo Cayetano pensativo. Sí, sí; la primera y única vez que creí ser venturoso, para luego verme el más desgraciado...

Doña Milagros se quedó aterrada mirando el rostro desencajado de su hijo, en el cual se reflejaba la más espantosa desolación.

—Dispénsame unos momentos, mamá; discúlpame con Silvia, que aún estará descansando... Es preciso que vaya á resolver un asunto urgente. Ya basta que ese dinero maldito haya hecho la desgracia de dos seres; al menos ayúdame á salvar á Silvia de tan triste suerte.

Doña Milagros no supo qué contestar, y antes que pudiera hacerlo ya se había cerrado la puerta detrás de Cayetano. Quiso llamarle desde el balcón, pero quedó como amarrada á su asiento, y vió á su hijo dirigirse apresuradamente al bosque é internarse en él.

El joven corría empujado por la desesperación y el remordimiento; y aunque el aire fresco de la mañana oreó sus sienas y aclaró la confusión de sus pensamientos, no por eso calmó el dolor rabioso de su alma. De rodillas debía pedir perdón á Rita, á quien aún ayer había ofendido mortalmente con su desdén, con sus celos y su desconfianza injuriosa, mientras ella se sacrificaba en silencio por conservar aquella fortuna maldita. ¿Iría á ver á Elsa, á suplicarle que le proporcionara una última entrevista con Rita? ¿Acedería á ésta?.. Porque sin su perdón le sería imposible la vida.

Pensando de esta manera hallóse á la puerta de la ermita... ¿A qué iba allí? ¿Qué iba á hacer en aquel lugar de tan dolorosos recuerdos? Sin voluntad, como arrastrado por una fuerza superior á él, puso el pie en el umbral y alzó los ojos á la Virgen; y su imaginación vió inmediatamente á Rita, arrodillada delante del altar. Y entró...

No, no era la imaginación lo que le hacía ver allí á su amada; era la verdad, era Rita misma, que venía á saturar su alma de los recuerdos pasados y á despedirse de la Virgen. Temblando de emoción arrodillóse Cayetano junto á la joven, pero no pudo rezar. Ésta, al verlo, se levantó con propósito de alejarse silenciosamente.

—¡No te muevas!, exclamó Cayetano, con un tono autoritario que nunca se había atrevido á emplear al dirigirse á Rita.

Al verla llorosa, agitada, en todo el esplendor de su belleza, huyeron como por ensalmo los sentimientos apacibles y olvidó que sólo anhelaba ya su perdón; no tuvo corazón ni memoria sino para recordar y sentir que la había perdido para siempre.

—En la primavera te despediste tú de mí, dijo, estrechando á la joven apasionadamente entre sus brazos; hoy soy yo quien se despide. He venido á mendigar tu perdón, porque te he ofendido injustamente; pero ahora que te tengo entre mis brazos no quiero, no solicito que me perdones; pues si hubieras sido franca, hoy nuestra suerte no sería tan negra... ¿Qué me importan á mí títulos ni riquezas? Antes me atormentabas por niñerías, por tu puntillito, ó tu vanidad ofendida, y si no hubiera sido porque venías aquí á esta ermita á hacer más llevadera mi pesadumbre, hubiera dudado mil veces de tu cariño. Entonces te disculpaban tus pocos años, y hoy..., hoy que he de creer por fuerza en que me quieres, me encuentro atado, separado de ti por un acto mío de delirio, de celos estúpidos, de insensatez... ¡Es para volverse loco!. Vete, aléjate de mí... Dentro de algún tiempo ya no podré hallar en mi Rita más que una famosa cantante, quizás una gran actriz...

—No me ofendas más, Cayetano, contestó Rita entre sollozos. No quisiera ver turbado por una impresión ingrata el recuerdo de mis únicos amores, que he de conservar puro y sagrado, para que me sirva de apoyo y de luz en mi nueva vida.

—¡Por Dios te ruego que no seas cantante, Rita!, suplicó humildemente Cayetano. Esa idea me enloquece y me saca de quicio.

—Por nuestra Virgen te juro que no lo seré, aunque me impulsara á ello la necesidad.

(Se continuará.)

EL «ROUND» QUE JAMÁS OLVIDARÉ

Continuando la información de los números anteriores, publicamos hoy la respuesta de Jimmy Britt. Publicamos también, por considerarlo interesante y oportuno en esta sección, un artículo necrológico dedicado a Stanley Ketchell, cuya respuesta insertamos en el número último y que, como entonces dijimos, fué asesinado por un «cow-boy» en 16 de octubre de 1910.

RESPUESTA DE JIMMY BRITT

Al dirigir una mirada retrospectiva al número considerable de batallas que he librado, batallas que significan numerosos triunfos y algunas derrotas y que representan muchos puñetazos dados y no pocos recibidos, encontraré entre todos los *rounds* uno que, por encima de todos los demás, acuda más fácilmente a mi memoria, un ataque que esté bien fijo en mi mente? Sí, el *round* que hizo de mí lo que soy. Ya comprenderá usted que le debo esta gratitud.

Ese *round* era el octavo de mi *match* con Young Corbett, a quien despoje del título de campeón del mundo *feather-weight*. Corbett, que acababa de vencer al terrible Terry Mac Govern, era entonces considerado como el mayor combatiente de su época y si me es permitido formular sobre este punto una opinión personal, diré que aquella reputación era perfectamente merecida: pequeño y rechoncho, con una fuerza de puños extraordinaria, la gente opinaba que era un suicidio por mi parte querer batirme con él.

Mi plan, al subir al *ring* con Corbett, era mantenerme apartado de él y evitar que utilizara su destreza; pero después de siete *rounds* de expectativa, le encontré tan rápido, tan ágil, que comprendí la necesidad de cambiar de método si no quería que me enviase a dormir. En efecto, a cada uno de mis movimientos de retirada, conseguía él alcanzarme con *swings* de la mano derecha ó de la izquierda.

Al final del séptimo *round* resolví variar de táctica y dije á mis segundos que estaba decidido á triunfar de Corbett tomando la ofensiva.

—No haga usted tal, me contestaron; va usted á una derrota segura.

—Quizás sí; pero si he de ser derrotado, prefiero serlo en seguida á retroceder incesantemente ante mi adversario.

En aquel momento sonó el gongo y en vez de mantenerme á la defensiva, salí resueltamente al encuentro de Corbett y le perseguí alrededor del *ring* tan rápida y vigorosamente como pude. Este cambio repentino le sorprendió y al final del octavo *round* hubo de convenir por vez primera en que el adversario que tenía enfrente no era el tonto que él sin duda se figuraba. Aseguro á usted que le relato el *round* más terrible y más animado de cuantos he llevado á cabo; y la prueba de ello es que ha quedado célebre en los fastos del *ring* de San Francisco.

Sea dicho de paso que la acometida más perdurable de mi *record* me recuerda también que casi inmediatamente después de sonar el gongo, me rompí un huesecillo del brazo derecho; pero me sentía tan dichoso al ver que podía derrotar á Corbett con su propio juego, que no hice el menor caso de aquel accidente mientras duró el *match*. Y desde el octavo al décimoquinto *round*, Corbett y yo nos acometi-

mos con inaudita violencia; los puñetazos caían con una fuerza y una rapidez extraordinarias. Los espectadores, presa de gran emoción, estaban todos de pie ahullando como locos. Después del décimoquinto *round*, el campeonato era mío. Progresivamente

ímpetu con que dominaba á sus adversarios; él, que había triunfado de todos cuantos se le pusieran delante, excepto de Billy Papke (una vez) y de Jack Johnson; él, ante quien todos temblaban, acaba de ser vencido por un tiro de revólver que le ha puesto definitivamente *knock-out*.

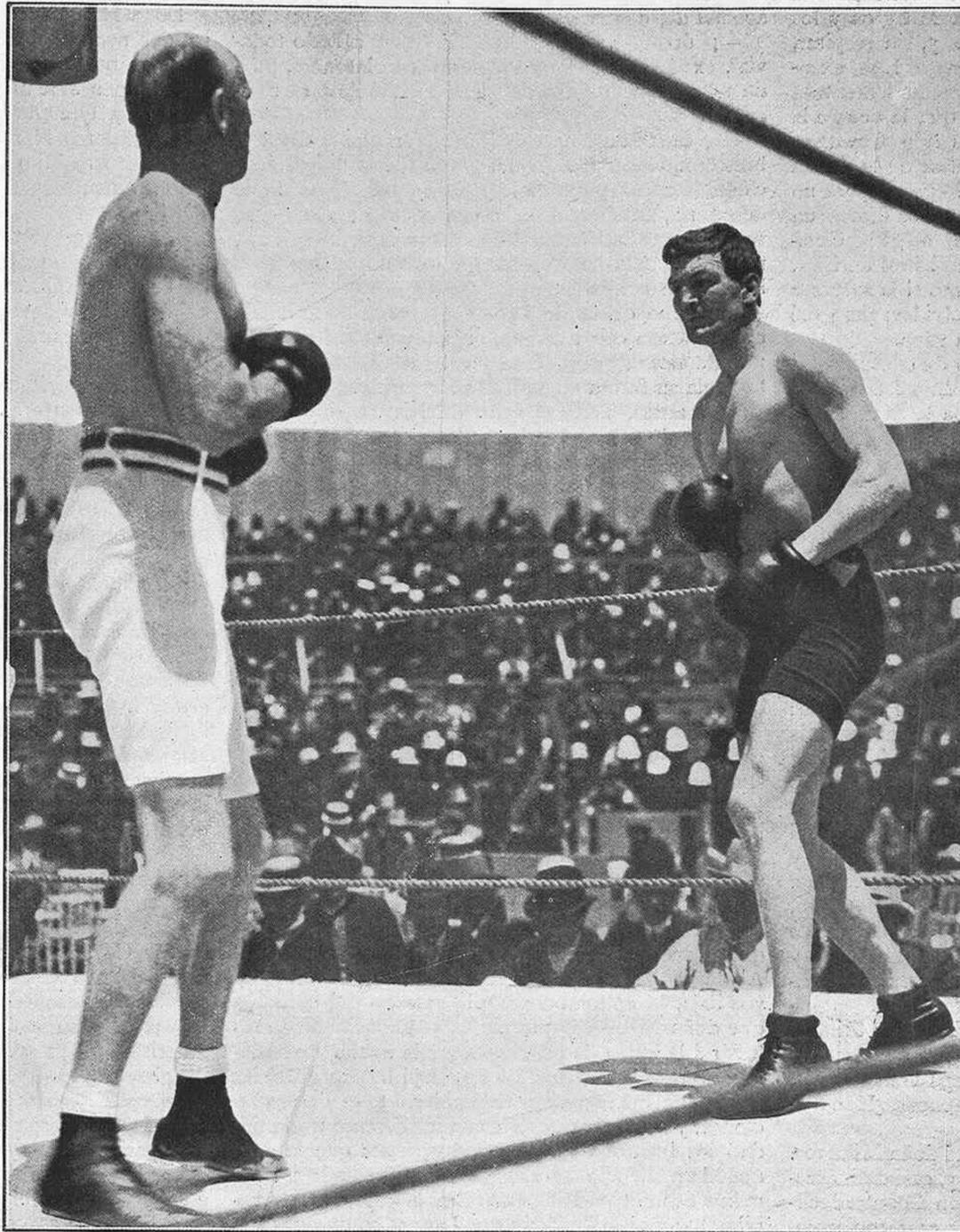
Había nacido en 14 de septiembre de 1887 en Grand Rapids (Michigán); no contaba, pues, más que veintitrés años y á pesar de su juventud era ya una celebridad universalmente conocida. Este invierno debía visitarnos y ahora se había marchado á su país natal para reponerse de los excesos que la gloria y las adulaciones le habían hecho cometer. Desgraciadamente si abusó un poco demasiado de la vida, hoy no podemos echarse en cara. No ha tenido tiempo de conocer los pesares de la existencia, pues apenas llegado á la cúspide de su carrera, una bala estúpida le derriba sin remisión; sólo el revólver podía obtener este resultado. Y hay que preguntarse para qué sirven la fuerza, la ciencia y el vigor, desde el momento en que el hombre que poseía todas estas cualidades en su más alto grado, ha sucumbido como un perro, matado por un *cow-boy* envidioso de los triunfos mujeriegos del gran boxeador. Stanley Ketchell, cuyo nombre de familia era Estanislao Kiecal, no era querido en su tierra natal; los cazadores, sus antiguos compañeros de correrías nocturnas, no podían perdonarle que hubiese llegado á ser el hombre de quien hablaba todo el mundo y ante el cual todos se inclinaban. Nadie es profeta en su patria y Stanley menos que nadie, porque cuando iba á Grand Rapids sabía castigar duramente á los que no se doblegaban á todas sus voluntades.

Ganó mucho dinero y lo gastó tan de prisa como lo había ganado; nada había demasiado hermoso, demasiado lujoso para él. Había conservado un recuerdo tan odioso de su infancia, en la que no se vestía más que de pieles, que sólo los mejores sastres eran dignos de vestirle; y en casa de los mejores joyeros compraba las joyas con que profusamente se adornaba.

Y esta vida de lujo con sus consecuencias de noches en vela y de excesos había de acabar con su vigor; de aquí que se viera obligado á retirarse á casa de sus padres para tratar de recobrar sus formas perdidas. Y allí se desarrolló el drama. ¡Pobre Ketchell! Si no hubiese descuidado su profesión, hoy no estaría enterrado.

Su notoriedad data de su primer *match* con Joe Thomas, *match* del cual hablaba en su respuesta sobre «el *round* que jamás olvidaré (1)». En Marysville, el día 4 de julio de 1907, conseguía hacer *match* nulo con el campeón del mundo de los *welter-weights*, á quien, dos meses después, en 2 de septiembre, ponía *knock-out* en el trigésimo segundo *round* en San Francisco. Antes, Ketchell había rea-

(1) Véase el número anterior.



Match Fitzsimmons-Lang

Este *match* fué el último que Fitzsimmons, cuya respuesta publicamos en el número 1.515, sostuvo contra el australiano Lang, actual campeón de Australia de los *heavy-weight*. Fitzsimmons tenía entonces cuarenta y ocho años y había sido campeón del mundo de los pesos grandes desde 1897 á 1899.

fatigué á mi adversario hasta el momento del vigésimo y último asalto; estaba tan débil, tan extenuado, que difícilmente podía tenerse en pie; pero á decir verdad, mi estado no era mucho más brillante.

Aquella batalla, cuya suerte la decidió, en mi concepto, el octavo *round*, me dió el campeonato de los *feather-weight* y me hizo ser considerado como uno de los más hábiles combatientes de la época. De no haber tenido yo el valor de tomar la ofensiva en el octavo *round* y la energía de cambiar de método, quizás nunca habría logrado abrirme paso y habría continuado siendo un pobre boxeador insignificante condenado á vegetar durante toda su vida.

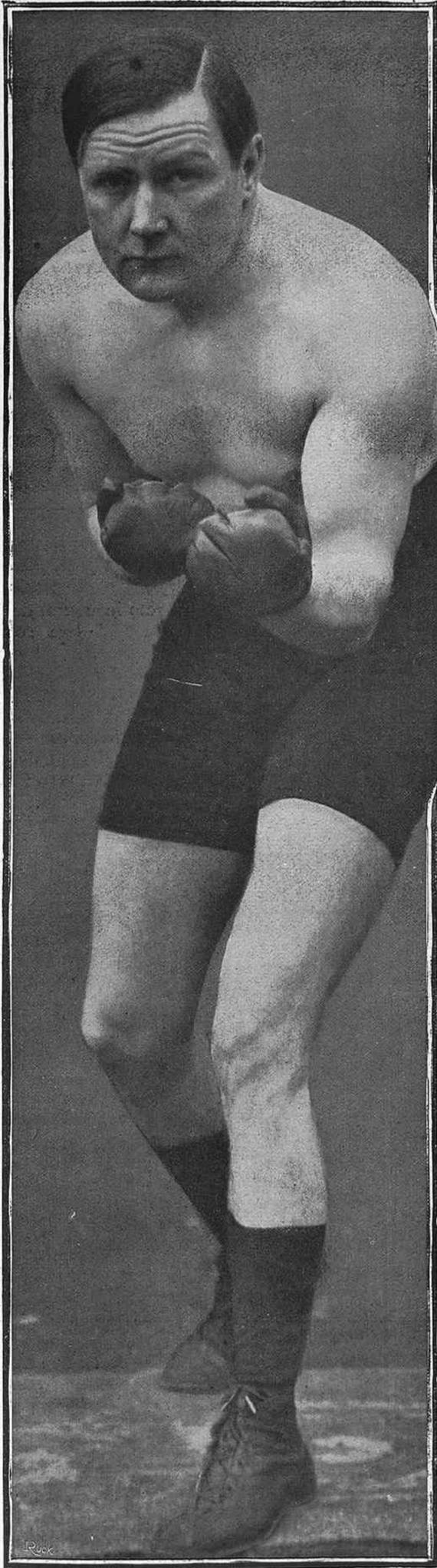
JIMMY BRITT

excampeón del mundo de los *feather weight* (pesos-pluma)

LA MUERTE DE STANLEY KETCHELL

¡Pobre Stanley Ketchell! Él, á quien sus admiradores habían denominado el *asesino* por la furia y el

lizado la gran proeza de obtener, en treinta y ocho combates, treinta y seis victorias por *knock-out* y hacer dos *matches* nulos; después, siguió triunfando de todos cuantos se le pusieron delante. Sólo dos hombres lograron vencerle: Billy Papke y Jack Johnson. Cuatro veces luchó con Billy Papke; la primera, fué vencedor en puntos en diez *rounds*; la segunda, fué puesto *knock-out* en el duodécimo *round*; la tercera, puso *knock-out* á su adversario en el undécimo *round*; y la cuarta, triunfó en puntos en veinte *rounds*.



Jimmy Britt

excampeón del mundo de los *feather weight* por su victoria sobre Young Corbett

Sus éxitos le movieron á intentar renovar la hazaña de Fitzsimmons, poseer al mismo tiempo los títulos de campeón del mundo de los pesos medios y de los pesos grandes. Luchó con Jack Johnson en Colma, en octubre de 1909, y consiguió, en el duodécimo *round*, derribar al negro, de un vicioso golpe en la carótida; pero Johnson no tardó en levantarse y lanzó un terrible *cross* que tendía en el suelo á Stanley Ketchell, con los brazos en cruz, tal como debió quedar al recibir la bala homicida del *cow-boy*.

JACOBO MORTANE.

50000 PTAS DONADOS AL HIPNOTISMO

El Dr. X. La Motte Sage, renombrado hombre de ciencias, regala 50.000 pesetas para destinarse á la publicación y distribución gratis de un valioso tratado sobre el magnetismo personal y la influencia hipnótica.

Desea demostrar el valor y la fuerza práctica de esta nueva ciencia, en los negocios, en la sociedad, en el hogar, en la política, en el amor, y en las enfermedades, como factor para influir y dominar el ánimo de las personas.

Los hombres prominentes de negocios, los hombres de profesiones, los ministros del Evangelio y muchas otras notabilidades, cordialmente aprueban esa medida. Un célebre colegio se encarga de la distribución gratis.

Todo el mundo puede recibir el libro absolutamente gratis, hasta que se agote la edición, y dominar los misterios ocultos de esa maravillosa fuerza, en su propia casa. Muchos secretos guardados sigilosamente, son divulgados ahora.

Carnegie está regalando su fortuna para la creación de bibliotecas; el Dr. X. La Motte Sage se propone que el libro más útil de todas las bibliotecas, vaya gratis á todos los hogares, y al efecto ha regalado 50 000 pesetas, y una gran casa editora está atareada día y noche, imprimiendo los libros para la distribución gratis. El libro que el Dr. Sage desea distribuir gratis se titula «La Filosofía de la Influencia Personal.» Ha sido recomendado cordialmente por los hombres de negocios más connotados, por eximios ministros del culto, hábiles facultativos y célebres letrados de ambos continentes. Está bellamente ilustrado con grabados medio tonos hermosísimos, y cada página rebosa de interesantes y prácticos informes. Es un libro que no debería faltar en ningún hogar. Indiscutiblemente es la obra más notable que de su clase se ha escrito, y ciertamente ha causado gran sensación en el mundo editorial.

Explica numerosos casos en los cuales las personas han sido secretamente instantáneamente dominadas por la influencia hipnótica. Indica cómo protegerse uno mismo contra el uso de la influencia hipnótica. Demuestra cómo puede uno desarrollar y emplear el poder magnético para ejercer una maravillosa influencia sobre las personas con quienes uno se pone en contacto.

Hombres como los Vanderbilt, los Morgan, los Rockefeller y muchos otros notables millonarios, han estudiado precisamente los mismos métodos que en dicho libro se exponen, y los han empleado para acumular fabulosas fortunas. En este libro se divulgan los secretos de la vida de los ricos, que jamás había uno soñado. Revela dicho libro los misterios ocultos del magnetismo personal, del hipnotismo y de la cura magnética, etcétera. Pone de manifiesto la fuente verdadera de la fuerza é influencia en todas las condiciones de la vida. Contiene informes secretos de valor inapreciable para las personas que desean obtener éxito en la vida. La mayoría de los hombres públicos más connotados del país poseen este libro y leen todas sus páginas. Aprovechense de sus enseñanzas para su propio beneficio y utilidad.

Explica la fuerza por medio de la cual uno puede curarse las enfermedades y malas costumbres, sin la necesidad de drogas, ni medicinas, y asimismo curar á los demás. Divulga el secreto por medio del cual instantáneamente puede Vd. producir un estado de insensibilidad al dolor de cualquier parte del cuerpo; para sacar dientes y hacer operaciones de cirugía, sin el uso de la cocaína, el cloroformo ó anestésicos de cualquier clase.

Explica el modo de aprender la sugestión del sueño en Vd. y en las demás personas en cualquier hora del día ó de la noche que Vd. desee. Explica la fuerza sutil por medio de la cual puede Vd. desarrollar sus facultades mentales, perfeccionar su memoria, hacer que desaparezcan caracteres y costumbres desagradables en los niños, fortalecer la voluntad propia, y hacer que uno llegue á ocupar puesto prominente en la comunidad en que viva. Hará que ciertamente sea usted un hombre de mucha popularidad.

Si Vd. no ha obtenido el éxito á que justamente tiene Vd. derecho por su habilidad ó talento; si usted desea obtener un empleo con un buen sueldo ó obtener un aumento en su sueldo; si Vd. desea elevarse en sus negocios ó profesión; si Vd. desea ejercer gran influencia sobre los demás; si Vd. ansía la gloria ó la fama, entonces so-

licite en el acto un ejemplar de este notable libro.

Publicamos los siguientes extractos de varias cartas que se han recibido de algunas de las personas que han leído el libro, para que se tenga una idea del gran mérito intrínseco que dicha obra posee.

La Sra. Mary Milner, 312 D. Street, Pueblo Colorado, dice en carta de fecha reciente: «Estaba tan enferma y preocupada, que no podía ni comer ni dormir. Usé los métodos en mí misma, con maravilloso éxito. En la actualidad estoy sana y robusta, y por ningún dinero me desprendería de los valiosos informes que Vd. me suministró.»

El Sr. T. L. Lindstruth, 30 E. South St., Wilkesbarre, Pa., dice: «La obra de Vd. sobre el magnetismo personal, representa una fortuna á los que comienzan la carrera de la vida. Absolutamente aportará el éxito.»

A. J. Mc Ginnis, 60 Ohio St., Alleghany, Pa., dice: «Cuando solicité el libro de usted estaba trabajando como jornalero. En la actualidad soy director de una empresa, y eso es ciertamente la prueba más evidente que puede presentarse del gran mérito de la obra. Aconsejo á las personas que deseen tener éxito en la vida, que pidan en el acto un ejemplar.»

El Dr. G. S. Lincoln, 101 Crutchfield St., Dallas, Texas, escribe así: «Los métodos de Vd. acerca de la influencia personal, son maravillosos. Los he usado en mis pacientes con sorprendentes resultados. Curan las enfermedades cuando los remedios fallan.»

El Dr. S. R. King, de Guilam, Ind., escribe lo siguiente: «Ciertamente me han enviado Vds. el libro más notable que he leído. Según los métodos explicados en el tratado, el dolor de cabeza, el reumatismo, dolor de espalda y otras enfermedades de larga duración desaparecen como efecto de magia. No hay frases suficientes para recomendar el sistema de instrucción en el magnetismo personal que Vds. observan. Comunica á uno la fuerza é influencia para ejercerlo sobre otros, á tal grado que yo nunca soñé fuese posible adquirir. El libro de usted vale más que el oro puro, para toda persona que comience la carrera de la vida. Lo único que deploro es que no cayese su libro en mis manos cuando era yo joven.»

El New York Institute of Science se ha encargado de la distribución gratis del libro aludido. Día y noche funcionan grandes prensas de imprimir para abastecer la demanda, hasta que se hayan distribuido las 50.000 pesetas en libros. Debido á los grandes gastos de la preparación é impresión de este libro, suplicamos que sólo lo pidan gratis aquellas personas que realmente estén interesadas en obtener mayor éxito, lograr más felicidad ó de cualquier modo mejorar su condición. Suplicamos que no se le solicite por mera curiosidad, pues la edición gratis es limitada. Si Vd. desea un libro, solicítelo hoy mismo, pues los ejemplares se están distribuyendo con mucha rapidez. Jamás en la historia de una casa editorial ha habido tal demanda por ningún libro, como la que existe en la actualidad por «La Filosofía de la Influencia Personal.»

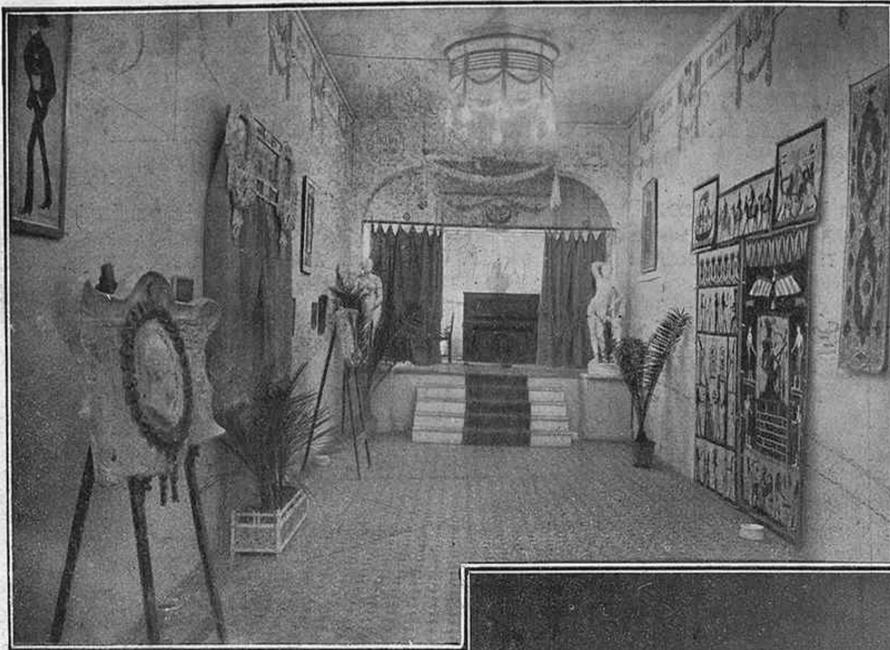
Téngase presente que el libro será enviado gratis con porte pagado á las personas que lo soliciten ahora, dirigiéndose por carta franqueada con 25 céntimos ó por tarjeta postal de 10 céntimos, al New York Institute of Science, Depto. 128 A. K. Rochester, N. Y. (E. U. de A.). Escribid en el idioma que quiera, porque es publicado en Español, Inglés, Francés, Alemán, Holandés é Ita-

VALENCIA. — EXPOSICIÓN DEL CÍRCULO DE BELLAS ARTES

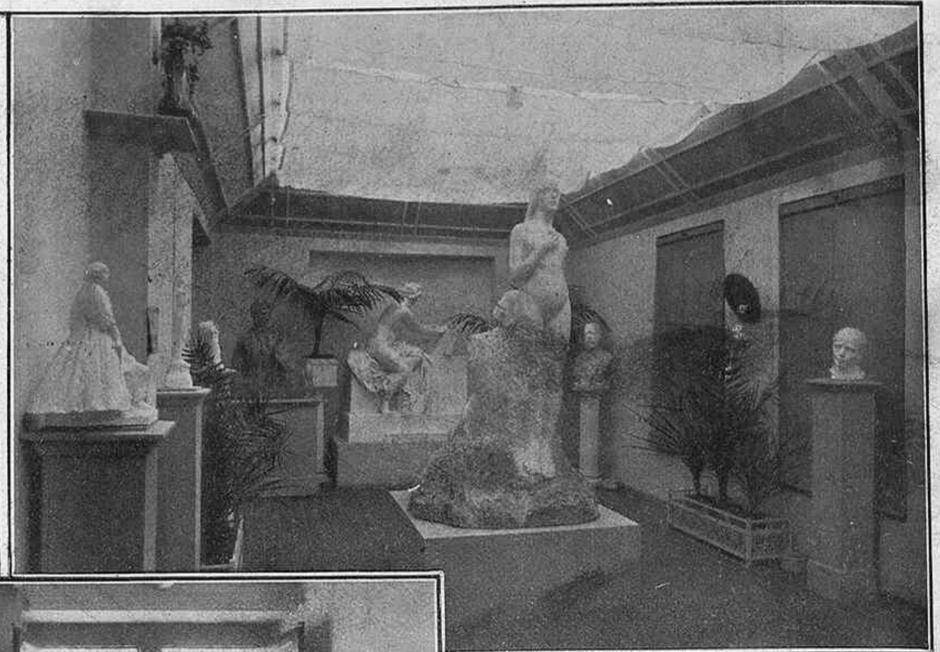
Valencia ha sido siempre una ciudad en donde se ha rendido culto ferviente á las bellas artes; la tradición de aquella escuela que en los siglos XVI y XVII

tallas de flores de aquella culta y hermosa capital, que ofrece al público el trabajo de sus miembros en certámenes y exposiciones.

Marqués, Marco, Cabrelles, Marín, Navarro, Vázquez Ríos, González, Lluch, Roda, Doce, Alfonso, Morella, Almar, Ballester y Mellado.



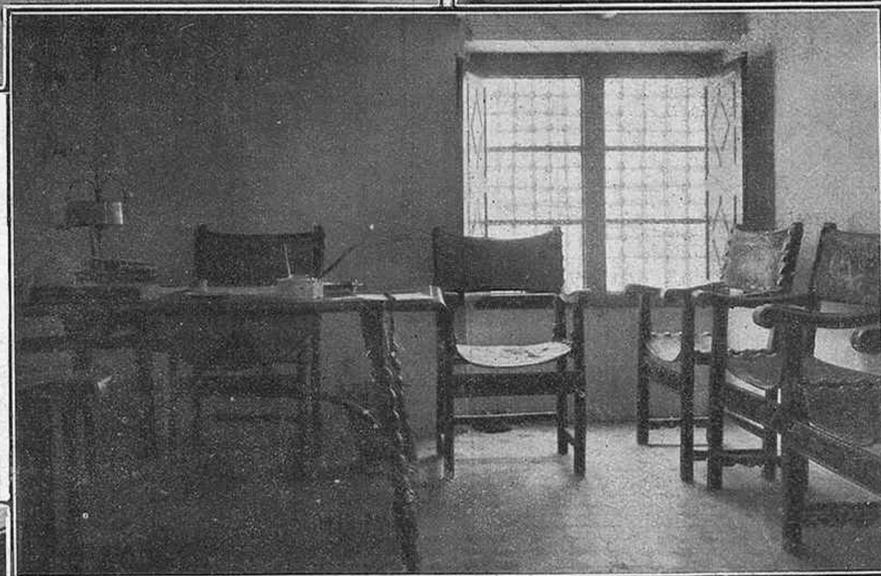
Salón de actos, en el que se exhiben varias obras de arte decorativo



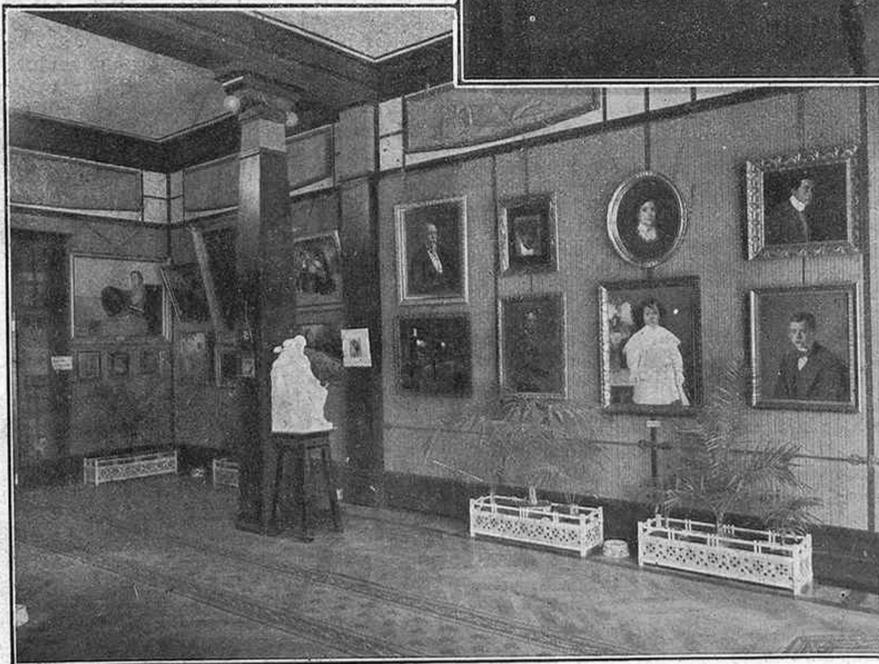
Hall en el que se exhiben varias obras escultóricas

inmortalizaran, entre tantos otros, los eximios Ribalta, Ribera y Jerónimo Espinosa, ha perdurado en ella y en todos tiempos ha producido artistas que han dado gloria y prez á su patria.

En la actualidad, sostiene el buen nombre artístico de Valencia el bene-



El acto inaugural de la exposición fué una verdadera solemnidad á la que concurrieron el capitán general, el gobernador civil, el alcalde, el presidente de la Diputación provincial y un público numeroso, en el que el bello sexo hallábase representado por elegantes y distinguidas damas y bellas señoritas de la alta sociedad valenciana.



Vista parcial del salón de entrada en el que se exhiben obras de pintura.—Sala de la Presidencia del Círculo de Bellas Artes

Otra vista parcial del salón de entrada

mérito Círculo de Bellas Artes del que forman parte, al lado de los artistas que ya han triunfado, los que, armados de excelentes armas, hállanse en camino de alcanzar la victoria que habrá de premiar sus esfuerzos. Esa institución atiende al logro de sus elevados fines iniciando y fomentando todas las manifestaciones que tienen por objetivo el culto de la belleza y lo mismo deja sentir su acción ilustrada y benéfica en festejos tan justamente renombrados como las ba-

Recientemente ha inaugurado una Exposición de Pintura, Escultura, Dibujos y Diseños de Arquitectura en la que figuran firmas ventajosamente conocidas y abundan las obras que llaman la atención por sus positivos méritos. Entre los artistas expositores citaremos á los señores Muñoz Degrain, Fillol, Moreira, Stolz, Alonso, Causerás, Verde, Ramos, Ballester, Vara Ribelles, Andreu, Aliaga, Mongrell, Suay, Almunia, Mellado, Cuñat, Isla, Carbonell, Corell,

Cuantos asistieron á aquella fiesta, que fué amenizada por un sexteto que ejecutó escogidas piezas musicales, alabaron con entusiasmo la prueba de valer que los artistas valencianos han dado en esta exhibición y colmaron de plácemes á la junta del Círculo que tan dignamente preside el Sr. Fillol. A todos felicita sinceramente LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA que hoy se honra publicando algunas vistas de la exposición.—T.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE DUSSEY**, 4, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN